

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 15

LA OBRA DE CRISTO

*“Cristo, habiendo ofrecido una vez
para siempre un solo sacrificio
por los pecados, se ha sentado
a la diestra de Dios”.*

Hebreos 10:12

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

La obra de Cristo

15

Contenido

No hay doctrina más excelente	1
<i>John Flavel (c. 1630-1691)</i>	
Cristo y el propósito eterno de Dios.....	5
<i>Isaac Ambrose (1604-1664)</i>	
Cristo el mediador.....	10
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
Cristo el profeta.....	13
<i>John Gill (1697-1771)</i>	
Cristo el sacerdote.....	19
<i>Thomas Watson (c. 1620-1686)</i>	
Cristo ascendido y exaltado.....	24
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
Cristo el intercesor.....	29
<i>Wilhelmus à Brakel (1635-1711)</i>	
Cristo el rey.....	34
<i>John Flavel (c. 1630-1691)</i>	
Cristo y su reino	40
<i>A.A. Hodge (1823-1886)</i>	
Cristo para siempre jamás.....	48
<i>Octavio Winslow (1808-1878)</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2015 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

NO HAY DOCTRINA MÁS EXCELENTE

John Flavel (c. 1630-1691)

Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado (1 Corintios 2:2).

No hay doctrina más excelente ni más necesaria de predicar y estudiar que la doctrina de Jesucristo y él crucificado. Cualquier otro conocimiento, por más magnificado que sea por el mundo es y debe ser considerado como basura en comparación con la excelencia del conocimiento de Jesucristo (Fil. 3:8), “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3).

A Eudoxo¹ le impresionaba tanto la gloria del sol que pensaba que había nacido solo para contemplarlo; con más razón debe el cristiano considerarse nacido solo para contemplar y deleitarse en la gloria del Señor Jesús. Nos explayaremos en la verdad de este enunciado valiéndonos de un argumento bipartito acerca de la doctrina de Cristo.

Primero, debe ser considerado aparte de todo lo demás, sin relacionarlo o compararlo con cosa alguna. Entonces estas propiedades hermosas que tiene por naturaleza darán como resultado verlo superior a todas las demás ciencias y conocimientos.

1. El conocimiento de Jesucristo es la médula, el meollo mismo de las Escrituras, el alcance y centro de todas las revelaciones divinas: ambos Testamentos se unen en Cristo. La ley ceremonial tiene como tema principal a Cristo, y todo el evangelio también tiene como tema principal a Cristo. Los renglones benditos de *ambos* Testamentos se conectan en él. Cómo ambos armonizan y se entrelazan dulcemente es el tema principal para descubrir en la excelente epístola a los Hebreos, pues bien podemos llamar a esa epístola la dulce armonía entre ambos Testamentos. Esto expresa con convencimiento la excelencia inexpressable de esta doctrina, cuyo conocimiento es entonces la llave que abre la parte fundamental de las Sagradas Escrituras. Porque es en la comprensión de las Escrituras, tanto como lo es en el conocimiento que los hombres tienen de lógica y filosofía: o sea, que si el erudito llega a comprender el principio fundamental sobre el cual se basa cierto principio, la controversia toma un nuevo rumbo, el conocimiento correcto de ese principio lo sostendrá durante toda la

¹ **Eudoxo de Cnido** (c. 408 – c. 355 a. de J.C.) Astrónomo y matemático griego.

controversia y le dará la respuesta para vencer cualquier argumento. De igual modo, el conocimiento correcto acerca de Jesucristo es la clave que nos lleva con bien por todo el laberinto de las Escrituras.

2. **El conocimiento de Jesucristo es un *conocimiento fundamental*...** El conocimiento de Cristo es fundamental para toda *gracia, deber, consolación y felicidad*.

(1) ***Es fundamental para toda gracia.*** Todas empiezan con el conocimiento: El hombre “se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:10). La nueva creación, al igual que la antigua, comienza con la luz: abrir los ojos es la primera obra del Espíritu. Y al igual que los comienzos de la gracia, todas las mejoras posteriores dependen de este aumento de conocimiento: “Creded en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Ped. 3:18). Notemos cómo ambos —gracia y conocimiento— actúan a una en el alma del cristiano, en la medida que aumenta uno, aumenta el otro.

(2) ***El conocimiento de Cristo es fundamental para todo deber.*** Los deberes, al igual que las gracias de todos los cristianos se fundamentan en el conocimiento de Cristo. El cristiano, ¿debe creer? Nunca podrá hacerlo sin conocer a Cristo. La fe depende tanto de su conocimiento, que es identificado por eso: “Por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos” (Isa. 53:11); por lo tanto, ver y creer se convierten en una misma cosa (Juan 6:40). ¿Quiere el hombre poner en práctica su esperanza en Dios? Nunca podrá hacerlo sin conocer a Cristo porque él es el autor de la esperanza (1 Ped. 1:3). Es también su objeto (Heb. 6:19), su base y apoyo (Col. 1:27). Y así como no podemos creer ni tener esperanza, tampoco podemos orar aceptablemente sin tener un grado fehaciente de este conocimiento... La manera apropiada de conversar con Dios y disfrutar de él en oración es por fe en él a través de un Mediador... ¡Oh entonces, qué indispensable es el conocimiento de Cristo para todos los que quieren dirigirse a Dios en cualquier deber!

(3) ***Es fundamental para toda consolación.*** Toda consolación del creyente procede de esta fuente. Jesucristo es el objeto mismo del gozo del creyente: nuestro regocijo es en “Cristo Jesús” (Fil. 3:3). Sin el conocimiento de Cristo, los cristianos son las criaturas más tristes y deprimidas del mundo. Pero, manifiéstese Cristo y lance los rayos de su luz en sus almas, y les hará besar las estaca [*en que cuelgan*], cantar en la hoguera y gritar cuando está moribundos, cual hombres que se reparten un botín.

(4) ***Este conocimiento es fundamental para la felicidad eterna de las almas.*** Como no podemos cumplir ningún deber, disfrutar de ningún confort sin él, tampoco podemos ser salvos sin él. “Y esta es la vida

eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Y, si conocer a Cristo es vida eterna, entonces es condenación eterna no conocerlo. Así como Cristo es la *puerta* que da acceso al cielo, el conocimiento es la *llave* que da acceso a Cristo... Por lo tanto, vemos cuan fundamental es el conocimiento de Cristo: [es] imprescindible para todas las gracias, los deberes, las consolaciones y la felicidad de las almas.

3. El conocimiento de Cristo es profundo y amplio; todas las demás ciencias no son más que sombras. Es un océano sin límites y sin fondo; ninguna criatura tiene una cuerda suficientemente larga para medir su profundidad. La Biblia le adjudica una anchura, una longitud, una profundidad y una altura (Ef. 3:18). Sí, trasciende todo conocimiento. Hay una “multiforme sabiduría de Dios” en Cristo (Ef. 3:10). Es de muchos tipos y formas, de muchos pliegos y capas; es realmente sencillo, puro y sin mezcla de nada que no sea él mismo; sin embargo, es multiforme en sus niveles, tipos y administraciones. Aunque un poco de Cristo se manifiesta en una época y otro poco en otra, la eternidad misma no puede manifestarlo completamente... Es en el estudio acerca de Cristo, como el asentarse un país recién descubierto. Al principio los hombres se sientan a la orilla del mar, sobre los acantilados y las fronteras del país, y allí se asientan. Pero de a poco, se adentran más y más hacia el centro de país. ¡Ah, el mejor de nosotros sigue apenas en las fronteras de este vasto continente!

4. El estudio de Jesucristo es el tema más noble al que jamás se haya dedicado el alma. Los que se rompen la cabeza estudiando otras cosas, son como los niños que se cansan de un juego tedioso: como el águila busca su renovación en el mismo sol. Los ángeles estudian esta doctrina y se arrodillan para ver dentro de este profundo abismo. ¿Cuáles son las verdades que se descubren en Cristo sino los secretos mismos que desde la eternidad han permanecido escondidos en el corazón de Dios? (Ef. 3:8-9). El corazón de Dios se abre a los hombres en Cristo (Juan 1:18). Esto hace que el evangelio sea una dispensación² tan gloriosa porque Cristo se revela tan gloriosamente en él; y estudiar a Cristo en el evangelio sella una gloria muy celestial en el alma del que lo hace.

5. Es un conocimiento totalmente dulce y reconfortante. ¿Qué es estar estudiando a Jesucristo, sino escarbando entre las vetas y fuentes de consuelo? Y más profundo escarbamos, más fluyen estas fuentes sobre nosotros. ¡Qué deslumbrados están los corazones con lo que descubren de Cristo en el evangelio! ¡Qué éxtasis, qué enternecedor,

² **dispensación** – un orden dispuesto divinamente prevaeciente en un periodo particular de la historia.

que embeleso encuentran las almas llenas de gracia allí... El creyente podría quedarse desde la mañana hasta la noche escuchando los discursos de Cristo: “Su paladar, dulcísimo” (Cantares 5:16).

En segundo lugar, comparemos este conocimiento con todos los demás conocimientos y, al hacerlo comprobaremos su excelencia.

1. **Todos los demás conocimientos son naturales, pero este es totalmente sobrenatural.** “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mat. 11:27). Los paganos más sabios nunca podrían descubrir a Cristo por más profundos que sean sus investigaciones de la naturaleza; los filósofos más eruditos no son más que niños en su conocimiento, comparados con los cristianos más iletrados.

2. **Otros conocimientos no pueden ser obtenidos por muchos.** Todas las ayudas y los medios en el mundo nunca capacitarían a algunos cristianos a dominar las artes y los idiomas. Los hombres más inteligentes y más intelectuales son eruditos en estos; pero he aquí el misterio y la excelencia del conocimiento de Cristo: los hombres de la más baja estirpe e ignorantes, pueden lograr este conocimiento por medio de la enseñanza del Espíritu, que aun los más sabios y entendidos no puede ver. “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños” (Mat. 11:25). “Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte” (1 Cor. 1:26, 27).

3. **Otros conocimientos, aunque se obtengan plenamente, nunca llevan al cielo.** Estos son defectuosos y débiles en dos sentidos; principalmente, porque no tienen a Cristo, ni a la pureza de su naturaleza. Porque los paganos letrados se envanecen en sus figuraciones y en la eficacia e influencias de estas sobre el corazón y la vida: “Se envanecieron en sus razonamientos” (Rom. 1:21). Su impiedad era más fuerte que su luz (Rom. 1:18). En cambio, este conocimiento de Cristo tiene influencias poderosas, cambiando a las almas a su propia imagen (2 Cor. 3:18); y por ende prueba ser un conocimiento salvador para las hombres (1 Tim. 2:4).

Tomado de “The Fountain of Life” (La fuente de vida) de *The Works of John Flavel* (Las obras de John Flavel), Vol. 1, The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org.

CRISTO Y EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS

Isaac Ambrose (1604-1664)

En cuanto al propósito de Dios con respecto a la salvación del hombre desde antes que existieran todos los mundos, leemos en las Escrituras: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Rom. 8:28). Y dice de Jacob y Esaú que “no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese” (Rom. 9:11). Y según la Palabra, en Cristo obtenemos una herencia: “habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). En otros lugares, el apóstol habla de “la multiforme sabiduría de Dios... conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor” (Ef. 3:10-11). También “nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (1 Tim. 1:9). Todos estos pasajes contienen esta verdad: Dios determinó desde toda la eternidad darles a ellos, a quienes conocía ya, vida y salvación... Este propósito de Dios nos asegura nuestra estabilidad y certidumbre de salvación en Cristo. Una vez que Dios se propone algo, eso ya no cambia: “Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado” (Isa. 14:24)...

Creo que esto me habla a mí, como si estuviera oyendo a Dios decir desde toda la eternidad: “Mi propósito es salvar a un remanente de la humanidad. Aunque todos están perdidos en pecado, mi sabiduría ha encontrado una manera de escoger a algunos; y aunque... esos pocos que he propuesto salvar están sobre lugares muy resbalosos, yo he sido, soy y seré ‘el mismo ayer, y hoy, y por los siglos’ (Heb. 13:8)... ¡Estoy decidido a traer a este pequeño rebaño al cielo! ¡Mi propósito es en mí y de mí, y yo soy Dios, y no hombre; por lo tanto, no me puedo arrepentir ni rescindir del propósito que ahora tengo! ¿Acaso habiéndolo dicho no lo haré? ¿Habiéndolo prometido no lo cumpliré (Núm. 23:19)? ¡Sí, sí, mis propósitos *tienen* que cumplirse! Y con este propósito pondré a mi Hijo entre mi pueblo y yo, de modo que si pecan, acudiré a él...”. Esto es lo que me imagino que el Señor dice, anuncia y se propone desde toda eternidad. Ciertamente sus

propósitos tienen que permanecer en vigor por esta razón: “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Rom. 11:29).

EL DECRETO: El decreto de Dios concerniente a la salvación del hombre desde antes de la fundación del mundo aparece en estos textos: “Y publicaré el decreto”, dice el Señor (Sal. 2:7). ¿Qué decreto era ese? Pues, concerniente a Cristo y concerniente a la iglesia: “Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra” (Sal. 2:7-8). Fue el decreto de Dios darle a Cristo, de entre los judíos y gentiles, una iglesia... Este decreto tiene en las Escrituras varios títulos:

1. Es el mismo que usualmente llamamos *predestinación*. Porque, ¿qué es predestinación más que un decreto de Dios en relación con la diferente preparación de gracia, por la cual algunos son guiados infaliblemente a la salvación? La predestinación es un decreto tanto de un medio como de un fin, un decreto de gracia concedida, eficaz para algunas personas aquí y para llevar a esas mismas personas a la gloria en el más allá. Este decreto, esta predestinación, esta cadena de oro del medio como del fin, es enunciado por el apóstol: “Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó” (Rom. 8:30). Así como Dios ha predestinado a algunos para vida y gloria, ha predestinado igualmente a algunos para ser llamados y justificados antes de ser glorificados. Todo aquel a quien el Señor ha decretado que sea salvo, ha decretado para santificarlo antes de disfrutar de esa salvación. Dios nos ha escogido en Cristo antes de la fundación del mundo para ser primero santos y después felices (Ef. 1:4). Notemos cómo el apóstol entrelaza esto repetidamente: “Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Tes. 2:13)...

2. Este decreto es igual a ese libro de la vida en el cual están escritos los nombres de los escogidos. Pablo nos cuenta de algunas mujeres junto con Clemente y otros colaboradores, “cuyos nombres están en el libro de la vida” (Fil. 4:3). Y Cristo insta a sus discípulos: “Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Luc. 10:20). Y Juan vio en su visión: “los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida” (Apoc. 20:12)...

3. Este decreto es también igual al sello de Dios. “El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos” (2 Tim. 2:19). Un sello es usado en tres casos: (1) para hacer

distinción entre las cosas (2) para mantenerlas *en secreto* y (3) para mantenerlas *seguras*. Los decretos de Dios son sellos en todos estos sentidos, pero especialmente en el último. Las almas que están selladas por Dios están seguras en el amor y el favor de Dios... Dios sella a sus santos, *a saber*, les asegura del amor eterno de Dios, de modo que nunca dejan de estar en su corazón. Todos estos títulos indican la inmutabilidad de los actos inmanentes³ eternos de Dios, es decir: “Yo decreto, yo predestino, yo lo pongo en un libro y lo sello, que tales y tales personas serán salvas eternamente... ¿Acaso hay algún poder, o podrá haberlo jamás que los arrebate de mis manos? ¿O sería posible que pudiera yo tener algún pensamiento que pusiera en duda la salvación de estas almas?... No, no, “Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos’ (Mal. 3:6)”.

EL PACTO: El pacto concerniente a la salvación del hombre es el definitivo y principal: No me atrevo a ser tan curioso como para insistir en el orden del mismo ni su razón, porque creo que el pacto entre Dios y Cristo desde la eternidad⁴ se encuentra entretelado con el decreto, el conocimiento previo y la elección que ya he explicado. Entonces el apóstol nos dice: “Nos escogió en él [*Cristo*] antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4). Recalquemos eso: *en Cristo*. Había un *plan eterno* entre el Padre y el Hijo; se hizo un *acuerdo* (lo digo con referencia) entre Dios y Cristo; hubo un *pacto* entre el Señor y su Hijo Jesucristo para la salvación de los escogidos. Y, acerca de esto, veamos especialmente los siguientes textos:

En Isaías 49:1-4, el profeta parece presentarlo como un diálogo: Primero, comienza Cristo y muestra su comisión diciéndole a Dios cómo él [*el Padre*] lo había llamado y capacitado para realizar la obra de redención. Quiere saber qué recompensa recibirá de él por una obra tan grande. “Jehová me llamó desde el vientre, desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria. Y puso mi boca como espada aguda, me cubrió con la sombra de su mano; y me puso por saeta bruñida, me guardó en su aljaba” (Isa 49:1-2). Entonces, Dios le contesta y le dice qué recompensa merece por una obra tan grande... en mi imaginación me parece oír a Dios contestarle a Cristo desde la eternidad: “Verás, he amado a un remanente de la humanidad, tanto judíos como gentiles, con un amor eterno. Sé que pecarán, se corromperán y se enemistarán conmigo, mereciendo la muerte eterna.

³ **actos inmanentes** – actos mentales que se realizan enteramente dentro de la mente.

⁴ **pacto de redención** – el acuerdo entre los miembros de la Deidad, especialmente el Padre y el Hijo, de redimir a los pecadores: Dios el Padre determinó realizar la salvación a través de la Persona y obra de Dios el Hijo, y la aplicación de la salvación a través del poder regenerador de Dios el Espíritu Santo.

Tú eres una persona poderosa, capaz de hacer por ellos lo que requiero de ti. Si tomas su naturaleza y pecados, te comprometes a satisfacer mi justicia y ley, quitar el odio que tienen por mi ley y por mí, y convertirlos en un pueblo creyente santo, entonces los perdonaré. Los adoptaré como mis hijos y mis hijas y los haré coherederos contigo de una corona de vida incorruptible”.

Entonces Cristo le contestó: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Heb. 10:7-9). Cristo, por así decir, acordó con Dios, tomar la naturaleza y el pecado del hombre y de hacer y sufrir por él lo que fuera que Dios le exigiera... Así se arribó desde un principio al acuerdo de nuestra salvación entre Dios el Padre y Cristo, antes de que se nos fuera revelado. Desde entonces, fuimos *dados* a Cristo. “He manifestado tu nombre”, dice Cristo, “a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste” (Juan 17:6). Este dar implica precisamente que el Padre en su eternidad [debe] haberle dicho al Hijo: “Tomo a estos como objetos de misericordia, y a estos habrás de traerme; porque se destruirán a sí mismos [a menos que] tú lo salves de su estado de perdición”. Luego el Hijo los lleva a su Padre, consciente de la voluntad de su Padre: “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada” (Juan 6:39). Desde allí cuida a cada uno, por nada del mundo dejaría que ninguno de ellos, de los que el Padre le dio... se perdiera. Los ama demasiado como para dejar que eso sucediera.

En Isaías 53:10-11 y en el Salmo 40:6, Cristo es presentado como una garantía, ofreciéndose a sí mismo por nosotros y aceptando con gusto la voluntad de Dios en esto. Por eso es llamado el siervo de Dios y dice que sus oídos han sido abiertos.

Isaías 42:1-6 menciona expresamente este pacto. Dios habla así de Cristo: “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento... te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones”. Sí, este pacto y acuerdo parece ser confirmado con un juramento en Hebreos 7:28. Y por este servicio, se requiere que Cristo le pida a Dios, [quien] le dará a las naciones como su herencia (Sal. 2:8). Observe cómo la iglesia de Dios es dada a Cristo como una recompensa por la obediencia que demostró al aceptar ser una garantía para nosotros. Algunos afirman que esta estipulación es ese consejo de paz al que se refiere el profeta: “y consejo de paz habrá entre ambos”, o sea entre el Señor y “el varón cuyo nombre es el Renuevo” (6:12). Por este acuerdo, Cristo es llamado el segundo Adán (1 Cor. 15:45, 47; Rom. 5:12-19). Porque así como con el primer Adán Dios [prometió solemnemente] un pacto sobre él y su posteridad,

prometió también un [pacto] con Cristo y su posteridad en cuanto a la vida eterna que se obtiene a través de él. No niego que algunas promesas fueron solo para la persona de Cristo y que no descendería a sus hijos, como por ejemplo: “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies” (Heb. 1:13). “Verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada” (Isa. 53:10). “Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra” (Sal. 2:8). Pero hay otras promesas hechas a él y a los suyos, como lo es la gran promesa: “Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo” (Heb. 1:5; Jer. 32:38)... y aquella promesa especial de gracia espiritual (Juan 1:16), de justificación (Isa. 50:8), de victoria y dominio (Sal. 110:2), del reino de la gloria (Luc. 24:26). Cada una fue hecha primero a Cristo, y luego a nosotros.

La cuestión desde la eternidad ha sido: “Aquí está el hombre perdido”, le dijo Dios a su Hijo, “pero en el cumplimiento del tiempo ve y nace de carne y hueso, muere por ellos y satisface mi justicia. Ellos serán tu porción y serán llamados: ‘Pueblo Santo, Redimidos de Jehová’ (Isa. 62:12). Esto harás”, dijo el Padre, “y sobre estos términos los que creen vivirán”. Este era el pacto de Dios con su Hijo amado por nosotros, a quien el Hijo (por así decir) contestó una vez más: “Padre, iré y cumpliré lo que deseas, y serán míos para siempre. Cuando se haya cumplido el tiempo moriré por ellos, y ellos vivirán en mí. Tú no requieres ofrendas quemadas ni ofrendas por el pecado (no, se ofrendó a *sí mismo*), ‘Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado’ (Sal. 40:7-8). ¿En qué libro estaba escrito que Cristo vendría para hacer la voluntad de Dios? No solo en el libro de la Ley y los Profetas sino también en el libro de los decretos de Dios. En este sentido, [fue] ‘el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo’ (Apoc. 13:8). Su Padre desde antes de todos los tiempos lo designó para ser nuestro Sumo Sacerdote, y él, desde toda eternidad estuvo de acuerdo en hacer lo que su Padre quería.

De *Looking unto Jesus* (Con los ojos puestos en Jesús),
Sprinkle Publications www.sprinklepublications.net.

Isaac Ambrose (1604-1664): Anglicano, luego pastor presbiteriano, reconocido por su vida excepcionalmente santa, nacido en Ormskirk, Lancashire, Inglaterra.



CRISTO EL MEDIADOR

William S. Plumer (1802-1880)

Nadie puede leer las Escrituras sin ver la gran importancia que estas le dan a Cristo Jesús en el plan de salvación. (1) Dice allí que es el Primero y el Último, el Alfa y el Omega, el Autor y Consumador de nuestra fe. Es el Obispo de las almas, la Fuente de agua viva, la Cabeza de la Iglesia, la brillante Estrella de la mañana, la Rosa de Sarón, el principal entre diez mil y codiciable. Pablo sentía tal pasión por él que afirmó: “Me propuse no saber entre vosotros [*los corintios*] cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Cor. 2:2).

(2) **En la iglesia del Antiguo Testamento era conocido con nombres y títulos [como estos]:** el Ángel del pacto, el Ángel del Señor, Admirable, Consejero, el Renuevo, el Mesías o Ungido. También lo llama allí Dios Fuerte y Jehová de los Ejércitos (Isa. 6:3; 9:6). En el Nuevo Testamento su nombre personal es Jesús, o Salvador (Mat. 1:21; Luc. 2:21). Su nombre oficial es Cristo o “Ungido”. También es llamado Emanuel, o “Dios con nosotros”. A menudo se lo llama Dios y Señor.

(3) **Un mediador es alguien que se pone entre dos partes que están enemistadas a fin de reconciliarlas.** Cuando no están enemistadas, no puede haber mediación. “Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno” (Gál. 3:20). Si no hay partes, no puede haber un mediador. Un mediador difiere de un defensor porque este último cuida los intereses de una de las partes, mientras que el primero considera ambas. Cristo es llamado el Mediador del Nuevo Pacto, el Mediador de un pacto mejor y el Mediador del Nuevo Testamento (Heb. 8:6; 9:15; 12:24). En el Antiguo Testamento a un mediador se le llama árbitro (Job 9:33).

(4) **Es correcto y apropiado, y quizá necesario, que un mediador sea un igual de ambas partes.** Jesucristo llena estos requisitos para hacer su obra. Puede poner su mano sobre Dios al igual que sobre pecadores. Conoce la voluntad de Dios y los derechos de Dios. Conoce los pecados del hombre y las necesidades del hombre. No traicionará a ninguna de las partes. Ser igual a Dios no fue cosa a la cual aferrarse (Fil. 2:6).

(5) **Los conflictos y controversias son de tres clases:** 1. Los que surgen meramente por errores, 2. Los que resultan por faltas de ambas partes, 3. Los que resultan por faltas de solo una parte. La controversia del hombre con Dios es de esta última clase. *Solo* el hombre tiene culpa. *Solo* el hombre ha cometido faltas. Los caminos del Señor son rectos. Los caminos del hombre no son rectos. (cf. Eze. 18:25, 29; 33:17, 20).

(6) **Jesucristo es el único Mediador del nuevo pacto.** Así lo dice Pablo: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Tim. 2:5-6). Si es malo creer en dos o más dioses, lo es también creer en dos o más mediadores. Moisés es llamado mediador una vez (Gál. 3:19). Los antecedentes del evento al cual se refiere son sencillamente estos: Moisés era un mensajero encargado de comunicar a Israel la voluntad de Dios y comunicar a Dios los anhelos del pueblo de Dios. El pasaje se refiere a la ocasión cuando este dio la Ley, cuando la manifestación de la majestad divina fue tan terrible que Israel le pidió a Moisés: “Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos” (Éxo. 20:19). En la mediación entre Dios y los pecadores para asegurarles la salvación, no hay otro mediador sino Cristo (Hech. 4:12; 1 Cor. 3:11).

(7) **La gran finalidad de la mediación de Cristo es la salvación de su pueblo.** Así lo dijo el ángel que anunció su nacimiento: “Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mat. 1:21). “Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador” (Ef. 5:23). Como mediador, no hace acepción de personas. Su cuna, raza, riquezas, honores, color y nacionalidad no son nada para él. Descarta totalmente todas las distinciones culturales o las inventadas por el hombre. “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gál. 3:28). Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor” (Gál. 5:6).

(8) **La necesidad de un mediador se debe a la santidad y justicia de Dios y a los temores, la culpabilidad y los sufrimientos del hombre.** Dios es tan santo que no puede tolerar la maldad (Hab. 1:13). ¿Y cómo puede el hombre, librado a su propio criterio, ser justo con Dios? (Job 9:2). No hay dos cosas más opuestas entre sí que la vileza del hombre y la pureza de Dios.

(9) **Jesucristo fue escogido por su Padre para ser el Mediador** (Isa. 42:1; 1 Ped. 2:4). Dios no eligió a ningún otro para la misma obra. No se otorgó él mismo su oficio. Su Padre declaró repetidamente que sentía complacencia en Cristo y con su actuar. Haberlo levantado de entre los muertos y exaltado a su diestra es la prueba más fehaciente de que se complacía en él. Dios honró grandemente a Moisés cuando lo enterró en un lugar secreto, pero nunca lo sentó a su diestra.

(10) **Es grandioso vivir bajo la mediación de Cristo.** Por medio de él, contamos con maravillosos descubrimientos del carácter y la gloria de

Dios. Por medio de él son enviadas influencias celestiales para atraernos a Dios. Jamás se han hecho ofrecimientos más gloriosos a las criaturas que los ofrecimientos de vida y salvación. A los que aceptan la mediación de Jesucristo le son dadas las bendiciones más ricas que existen. Esto dice Pablo a los creyentes: “Porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Cor. 3:21-23). “Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor. 3:17-18). “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (2 Cor. 5:1). “Y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso (2 Cor. 6:17-18). Todas estas innumerables bendiciones son seguras para el que cree en el Señor Jesucristo y deposita en él toda su esperanza y toda su salvación. La eternidad misma no agotará las riquezas indescriptibles que ha asegurado Cristo para los creyentes.

(11) **Es cosa seria vivir en obediencia al evangelio.** Nadie puede despreciar la mediación de Jesucristo sin incurrir en la peor de las culpas y exponerse a los más graves peligros. “Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad” (Heb. 2:2-4). No hay nada más pecaminoso o peligroso que pisotear al Hijo de Dios, tratando su sangre como inmunda y afrentando al Espíritu de gracia (Heb. 10:28-29).

Tomado de *Theology for the People* (Teología para el pueblo),
Sprinkle Publications, www.sprinklepublications.net.

William S. Plumer (1802-1880): Pastor presbiteriano norteamericano, predicador del evangelio y autor de numerosos libros; nacido en Greensburg, PA.



CRISTO EL PROFETA

John Gill (1697-1771)

Aunque hay muchos nombres y títulos dados a Cristo, todos se pueden reducir a los oficios de Profeta, Sacerdote y Rey. Estos son ejecutados por Cristo en el orden que los he enunciado: Primero ejerció el oficio *profético*, desde su bautismo hasta el final de su vida terrenal. Al morir como Sacerdote, se ofreció como sacrificio a Dios por los pecados de su pueblo y ahora vive para siempre intercediendo por ellos. Al ascender al cielo, fue hecho y declarado Señor y Cristo. Sentado como un Rey en su trono desde entonces ha ejercido su oficio real. Lo hará aún más aparente en el más allá. Comenzaré con su oficio profético...

PRIMERO: FUE PREDICHO QUE CRISTO APARECERÍA COMO UN PROFETA. Por lo tanto, los judíos lo esperaban como tal. Es por eso que cuando vieron los milagros que hizo, dijeron: “Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo” (Juan 6:14), significando lo que Moisés había profetizado, habiéndole dicho el Señor: “Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú” (Deut. 18:15, 18). Esto no puede comprenderse como una sucesión de profetas, como afirman los judíos; porque aquí habla de una sola persona... no Josué, ni David ni Jeremías, sino solo Jesús de Nazaret, a quien se refieren [los escritos de Moisés y los profetas] (Hech. 3:22; 7:37)... Fue “levantado” por Dios como profeta. De estos tenían conciencia los judíos; y por lo tanto glorificaron a Dios considerándolo como una visitación suya bondadosa y llena de gracia (Luc. 7:16). Fue levantado “en medio de sus hermanos”, siendo el Hijo de Abraham, Hijo de David, de la tribu de Judá, nacido en Belén; de hecho era israelita según la carne.

Era “como Moisés”, un profeta, como él y más grande que él. Así como la Ley vino por Moisés, la gracia y verdad vinieron por Cristo. Así como Moisés fue levantado y enviado a ser redentor de Israel, sacándolo de la esclavitud en Egipto, Cristo fue levantado y enviado a ser Salvador y Redentor de su pueblo de una esclavitud peor que la egipcia. Así como Moisés fue fiel en la casa de Dios, lo fue también Jesús: En Hebreos 3:2-6 encontramos una comparación entre ambos en la cual Cristo tiene la preferencia. Las palabras de Dios fueron “puestas en la boca” de Cristo. La doctrina que predicaba no era suya propia, sino de su Padre. No hablaba por sí mismo, sino lo que el

Padre le decía, eso hablaba; y hablaba “todo” lo que recibía de este y lo que este le mandaba. Así es que Cristo fue fiel a Aquel que lo había ungido (Juan 7:16; 8:29; 12:49-50; 15:15; 17:6, 8). Por lo tanto, Cristo fue escuchado, tal como su Padre les indicó a sus apóstoles que lo hicieran: “Este es mi Hijo amado...a él oíd” (Mat. 17:5), refiriéndose claramente a la profecía ya enunciada.

Las cualidades de Cristo para este oficio profético también fueron predichas, estas se encuentran en los dones y las gracias del Espíritu, los cuales recibió sin medida: “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos” (Isa. 61:1). Cristo predicó su primer sermón en Nazaret tomando este pasaje de las Escrituras, y habiendo leído el texto, dijo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Luc. 4:16-21; *ver* Isa. 11:1-2).

También hay en el Antiguo Testamento varios nombres dados a Cristo que se refieren a su oficio profético: “Mensajero”, *el mensajero del pacto*, cuya tarea era explicar y declarar su significado. Igualmente como *el apóstol de nuestra profesión*: “elocuente mediador muy escogido, que anuncie al hombre su deber” (Job 33:23) —un intérprete de la mente y la voluntad de Dios a quien llevaba dentro y se las revelaba, siendo su misión predicar justicia y rectitud, aun la suya, en la gran congregación. Y lo hizo (Sal. 40:9)... Es llamado “Consejero”, no solo porque estaba ocupado en el consejo de la paz, sino también porque da orientación y consejos sobre el evangelio, tanto a santos como a pecadores (Isa. 9:6; Apoc. 3:18). Es presentado como un “Maestro” de los caminos de Dios y de las verdades del evangelio, llamados Ley o doctrina (Isa. 2:2-3; 42:4; Joel 2:23)... Además, es llamado “Luz” para alumbrar a los gentiles al igual que a los judíos y para impartir un conocimiento claro de la verdad tal como está en él mismo (Isa. 9:2; 42:6). De la misma manera, [es llamado] “testigo a los pueblos” (Isa. 55:4, y para ser testigo de la verdad es que vino al mundo. ¡Y un testigo *fiel* es él (Juan 18:37; Apoc. 3:14)! Todo lo que le pertenecía y que señalaba al oficio profético de Cristo apareció y se cumplió en nuestro Jesús. Sí, el mismísimo lugar y los sectores más específicos de Judea, donde principalmente iba a ejercer su función de profeta fueron predichos (*ver* Isa. 9:1; *cf* Mat. 4:12-15).

SEGUNDO, LA EVIDENCIA Y PRUEBA DE QUE CRISTO ERA ESE PROFETA QUE VENDRÍA SON LOS MILAGROS QUE FUERON REALIZADOS POR ÉL. Cuando Cristo hizo el milagro de alimentar a cinco mil personas con cinco panes y dos pececillos, algunos de los judíos que vieron el milagro se convencieron y dijeron:

“Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo” (Juan 6:14). Y cuando resucitó al hijo de la viuda de Naín a quien llevaban para sepultar, dijeron: “Un gran profeta se ha levantado entre nosotros” (Luc. 7:16). Del mismo modo, por sus milagros, Nicodemo estaba convencido que había “venido de Dios como maestro” (Juan 3:2). Los judíos esperaban que cuando viniera el Mesías, haría muchos y grandes milagros. Tenían buena razón para ello: había sido predicho que así sería (Isa. 35:4-6). Por eso, cuando vieron qué clase de milagros y cuán numerosos eran los que hacía Cristo, algunos de los judíos creyeron que era el Cristo (Juan 7:31). Cuando Juan [*el bautista*] envió a dos de sus discípulos para que le preguntaran a Cristo si era “el que había de venir” —el profeta que había de venir— o si debían esperar a otro, les pide que vayan y le cuenten a Juan lo que habían visto y oído, refiriéndose a los milagros que había realizado. Los menciona específicamente y termina diciendo: “a los pobres es anunciado el evangelio” y con estas palabras finaliza su respuesta (Mat. 11:2-5). Apelaba frecuentemente a sus milagros, no solo como pruebas de su deidad sino de que era el Mesías (Juan 5:36; 10:37-38). Estos milagros eran reales e indubitables: eran tales que superaban las leyes y el poder de la naturaleza, lo cual una mera criatura nunca hubiera podido hacer!...Lo siguiente a considerar es:

TERCERO, LAS PARTES DEL OFICIO PROFÉTICO CUMPLIDO POR CRISTO, que son:

3.1 Primero, predecir eventos futuros: Por ser Dios omnisciente sabía todas las cosas del futuro... y las anunciaba, [como por ejemplo] un asna atada en cierto lugar a donde mandó a sus discípulos para que la soltaran. Les comunicó lo que los dueños les dirían sobre eso y lo que debían responder. [Predijo] a un hombre llevando una vasija de agua, a quien sus discípulos debían seguir, lo cual los llevaría al dueño de una casa donde se prepararía la Pascua para él y para ellos (Mar. 11:2-6; 14:13, 16).

Pero más específica y especialmente, Cristo predijo sus sufrimientos y su muerte, cómo habría de morir crucificado (Mat. 16:21; 20:18-19; Juan 12:31-32), y la manera como habría de suceder su muerte —por la traición de uno de sus discípulos a manos de sus enemigos. Sabía desde el principio quién lo entregaría y les declaró a sus discípulos en *general* que sería uno de ellos; y se dirigió a Judas en *particular* pidiéndole que lo hiciera pronto. Y cuando llegaba el momento para que se cumpliera el ardid de Judas, Cristo le dijo a sus discípulos: “Se acerca el que me entrega”, y enseguida apareció Judas con una gran multitud y una banda de soldados para prenderlo a una señal de Judas

(Juan 6:64; 13:18, 21; Mat. 26:46-47). Cristo predijo la conducta de sus discípulos hacia él una vez preso: se escandalizarían de él lo abandonarían; y que Pedro, específicamente, lo negaría tres veces antes que cantara el gallo, todo lo cual sucedió exactamente como lo anunció (Mat. 26:31, 34, 56, 74-75).

También predijo su resurrección de los muertos el tercer día, lo cual hizo en un lenguaje más oscuro y figurativo, pero con una señal más clara y fácil, [al destacar] la señal del profeta Jonás. Y a pesar de todas las precauciones que tomaron los judíos quienes sabían que lo había predicho, así se cumplió. (Juan. 2:19; 12:39-40; Mat. 16:21; 27:63-66). Habló de cómo sus discípulos serían tratados después de su partida: que serían entregados a los concilios, y azotados en las sinagogas; y delante de gobernadores y reyes serían llevados por causa de él; serían ajusticiados y aquellos que los mataran pensarían que le habían hecho un favor a Dios. Todos esto sucedió y se cumplió en todos sus discípulos (Mat. 10:17-18; Juan 16:2).

Predijo la destrucción de Jerusalén, las señales previas, sus sufrimientos y lo que luego seguiría (Mat. 24:1-51)... El libro de Apocalipsis es una profecía dada por Cristo a Juan, concerniente a todo lo que sucedería a la iglesia y al mundo, en el primer caso, desde la resurrección de Cristo hasta su Segunda Venida. La mayor parte [de esto] se ha cumplido de un modo asombroso, y hay buena razón para creer que el resto a su tiempo también se cumplirá.

3.2. Segundo, otra parte del oficio profético de Cristo es la de la predicación de la Palabra. En las Escrituras, esto a veces es llamado *profecía* (1 Cor. 14:3). Esto realizó Cristo al interpretar la Ley, dándole el verdadero sentido, destacando su espiritualidad y extensión, y vindicándola de los falsos comentarios de los fariseos (Mat. 5:1-48), pero principalmente predicando el evangelio. Estaba altamente calificado para hacer esto. Lo hacía persistentemente, predicándolo en una ciudad y luego en otra, donde fuera que era enviado, y luego por toda Galilea y otras regiones (Luc. 4:43; Mat. 4:23). Lo hacía con una autoridad que los escribas y fariseos no tenían (Mat. 7:29), declarando que lo que predicaba lo había recibido del Padre, quien le había dado a conocer su mente y voluntad sellando así las profecías. Por eso, no tenemos que hacer caso a ningunas supuestas profecías y revelaciones de hombre, que no coinciden con la Palabra de Dios (Juan 1:17; 15:15; Heb. 1:1-2; Dan. 9:24), y que Cristo enseñó libremente, con valentía y sin temor ni haciendo acepción de personas, tal como lo admitieron los judíos mismos (Mat. 22:16). Hablaba con una sabiduría, prudencia y elocuencia, jamás vista hasta entonces (Juan 7:46) y con tal dignidad y

con palabras tan llenas de gracia —la gracia destilaba de sus labios— que los que lo escuchaban no salían de su asombro (Sal. 45:2; Luc. 4:22). Esta parte de su oficio profético no se expresaba únicamente en el ministerio externo de la Palabra, sino también en la iluminación poderosa e interior de la mente: en abrir el corazón, como sucedió con Lidia (Hech. 16:14) para que prestara atención a lo que se decía, y en abrirle el entendimiento para comprender las Escrituras, para recibir y hacer suyas las verdades divinas: la palabra viniendo no solo como palabra, sino con poder del Espíritu Santo y mucha seguridad.

CUARTO, EL TIEMPO CUANDO CRISTO CUMPLIÓ ESTE OFICIO: Podemos considerar este oficio como cumplido “inmediatamente”⁵ o “mediatamente”⁶.

4.1 Inmediatamente, por Cristo, solo por su persona misma. Esto fue aquí en la tierra en su estado de humillación. Porque vino de Dios como un Maestro, siendo enviado y ungido por él para predicar el evangelio, inició rápidamente este oficio después de su bautismo y siguió ejerciéndolo hasta su muerte, pero solo a las ovejas perdidas de Israel a las cuales había sido enviado. Les dio a sus discípulos la comisión de predicar el evangelio a ellas solamente en ese tiempo porque era “siervo de la circuncisión”, o sea, un siervo de los judíos circuncidados y a ellos solamente (Rom. 15:8).

4.2 Mediamente, por su Espíritu, por los profetas del Antiguo Testamento y por los apóstoles y siervos del Nuevo. En este sentido, ejerció el oficio de Profeta tanto antes como después de su estado de humillación.

4.2.1. Antes de su encarnación: De hecho, a veces sí se apareció personalmente en forma humana y predicó el evangelio a los hombres, como a nuestros primeros padres en el huerto del Edén, inmediatamente después de la Caída. Declaró que “la simiente de la mujer”, dando por entender él mismo⁷, “heriría [a la serpiente] en el calcañar”. Esta buena nueva, estrictamente hablando: fue “anunciada primeramente por el Señor” (Gén. 3:15; Heb. 2:3). Es así que, con el nombre de Ángel del Señor, y muy probablemente en forma humana, se apareció a Abraham y le predicó el evangelio, diciendo: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Gén. 22:15-18; Gál. 3:8). Estuvo con miles de ángeles en el Monte Sinaí... Estuvo con Moisés en el desierto, le habló en el Sinaí y le dio las palabras divinas de vida (Sal. 68:17-18; Hech, 7:38)...Y así como los santos profetas

⁵ **inmediatamente** –directamente, sin nadie ni nada entre medio.

⁶ **mediamente** – indirectamente, actuando a través de alguien o algo.

⁷ **él mismo** – algunos creen que la “semilla” incluía también a los escogidos de Dios.

desde el principio del mundo hablaron de Cristo, él, por su Espíritu, hablaba *en* ellos y testificaba de sus sufrimientos y de la gloria que luego vendría (1 Ped. 3:18-20; 1:11).

4.2.2. Cristo siguió ejerciendo su oficio profético después de haberse terminado su estado de humillación, y fue resucitado de entre los muertos y fue glorificado. Después de eso, se apareció a sus discípulos y les habló sobre lo que las Escrituras decían de él. Les abrió el entendimiento para que pudieran comprenderlas y les habló de las cosas concernientes al reino de Dios. Los instruyó [en esas cosas] y les renovó la comisión de que predicaran y bautizaran, y la amplió. Cristo les prometió estar con ellos y con sus sucesores hasta el fin del mundo. Para entonces, no en su propia persona, sino después de su ascensión al cielo, Cristo en y a través de sus siervos, fue y les predicó paz a los que estaban cerca y a los que estaban lejos, tanto judíos como gentiles. Aquellos que los oyen, lo oyen a él. Aquellos que los desprecian, lo desprecian a él. Así continúa y continuará ejerciendo su oficio profético en y a través de sus siervos y a través de su Espíritu, cuidándolos a través de las edades hasta el final de los tiempos, hasta haber recogido a todos sus escogidos.

Tomado de *A Complete Body of Doctrinal Divinity Deduced from the Scriptures* (Una presentación completa de divinidad doctrinal deducida de las Escrituras), Baptist Standard Bearer, www.standardbearer.org.

John Gill (1697-1771): Pastor bautista, teólogo y erudito bíblico; nacido en Kettering, Northamptonshire, Inglaterra.



Aquellos que enseñan a los hombres deben primeramente ser enseñados por Cristo. Todos los profetas del Antiguo Testamento y todos los profetas, pastores y maestros del Nuevo Testamento han recurrido a su antorcha para prender sus velas... Lo que Pablo recibió del Señor, él entregó a la iglesia. Jesucristo es el Pastor principal, y todos los pastores que son sus siervos, de él reciben sus dones y sus comisiones. Estas cosas se dan a entender claramente en el oficio profético de Cristo. —*John Flavel*

CRISTO EL SACERDOTE

Thomas Watson (c. 1620-1686)

Se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado (Hebreos 9:26).

PREGUNTA: ¿Cómo cumple Cristo el oficio de sacerdote?
RESPUESTA: En que se ofreció una vez y para siempre como sacrificio para satisfacer la justicia divina y reconciliarnos con Dios, y para interceder continuamente por nosotros. ¿Cuáles son los elementos del oficio sacerdotal de Cristo? El oficio sacerdotal de Cristo consiste de dos elementos: Su *satisfacción* y su *intercesión*.

SU SATISFACCIÓN: Esta consta de dos partes: (1) *Su obediencia activa:* Cumplió toda justicia (Mat. 3:15). Cristo hizo todo lo que la Ley requería. Su vida santa es un comentario perfecto de la Ley de Dios; y es por nosotros que obedeció la Ley. (2) *Su obediencia pasiva:* Habiéndole sido transferida y cargada a él nuestra culpa, sufrió el castigo que nos correspondía a nosotros. [Vino al mundo] para quitar el pecado por medio de ofrecerse como sacrificio. El cordero pascual sacrificado era un tipo de Cristo quien se ofreció como sacrificio por nosotros. El pecado no podía ser quitado sin derramamiento de sangre. Sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecado (Heb. 9:22). Cristo no solo fue un cordero sin mancha, sino un cordero sacrificado.

¿Por qué era un requisito que hubiera un sacerdote? Tenía que haber un sacerdote que fuera un árbitro que mediara entre la criatura culpable y el Dios santo. ¿Cómo podía Cristo sufrir, siendo Dios? Cristo sufrió solo en su naturaleza humana. Pero si solo sufrió la naturaleza humana de Cristo, ¿cómo podía este sufrimiento ser una satisfacción por el pecado? Estando la naturaleza humana unida a la divina, la naturaleza humana sufrió y la naturaleza divina fue satisfecha. La divinidad de Cristo sostuvo a la naturaleza humana de modo que no desmayó y le otorgó virtud a sus sufrimientos. El altar santifica lo que es ofrecido sobre él (Mat. 23:19). El altar de la naturaleza divina de Cristo santificó el sacrificio de su muerte y le dio valor infinito.

¿Dónde se manifiesta la grandeza de los sufrimientos de Cristo?
(1) *En los sufrimientos de su cuerpo.* Sufrió de verdad, no solo en apariencia. El apóstol lo llama “muerte de cruz” (Fil. 2:8)... Pensar en esto hizo que Cristo sudara gotas de sangre en el huerto (Luc. 22:44). La suya fue una muerte ignominiosa, dolorosa y maldita. Cristo sufrió en

todos sus sentidos. Sus ojos vieron dos escenas dolorosas: A sus enemigos insultándole y a su madre llorando. Sus oídos se llenaron de los vilipendios del pueblo. “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (Mat. 27:42). Su olfato sintió el asco de las escupidas en su rostro. Su gusto sufrió cuando le dieron hiel y vinagre para beber. Su sentido del tacto fue lacerado por las espinas de la corona sobre su sien, y por los clavos en sus manos y sus pies. Su cuerpo entero fue una gran herida; ahora este blanco lirio estaba teñido de púrpura, (2) *En los sufrimientos de su alma*. Fue prensado como en una prensa de vino —la prensa de la ira de su Padre. Esto causó el grito y el clamor desde la cruz: “Dios mío, Dios mío” (Mat. 27:46). Cristo sufrió un eclipse doble en la cruz —un eclipse del sol y un eclipse de la luz del rostro de Dios. ¡Cuán amarga fue esta agonía!... Cristo sintió los dolores del infierno en su alma, aunque no en ese lugar precisamente, sino de forma parecida.

¿Por qué sufrió Cristo? No por nada que él mismo merecía. “Se quitará la vida al Mesías, mas no por sí” (Dan. 9:26; Isa. 53:6): *fue por nosotros...* Sufrió para poder satisfacer la justicia de Dios en nuestro lugar. Nosotros, por nuestros pecados, ofendimos infinitamente a Dios; y, ni con derramar ríos de lágrimas, ni con ofrecer millones de holocaustos⁸ y ofrendas quemadas, podríamos haber apaciguado a una Deidad airada. Por lo tanto, Cristo tenía que morir para que la justicia de Dios fuera satisfecha.

Los teólogos debaten acaloradamente si Dios podía haber perdonado el pecado libremente sin un sacrificio. Sin entrar a disputar lo que Dios podría haber hecho, cuando resolvió que la Ley se satisficiera y que el hombre fuera salvo de un modo justo al igual que misericordioso, se hizo necesario que Cristo diera su vida como un sacrificio.

(1) **Para cumplir las predicciones de las Escrituras:** “Así fue necesario que el Cristo padeciese” (Luc. 24:46).

(2) **Para reconciliarnos con Dios.** Una cosa es que a un traidor se le perdone, y otra que llegue a ser un favorito. La Biblia no solo llama sacrificio a la sangre de Cristo, por la cual Dios es aplacado, sino también propiciación⁹, por medio de la cual Dios pasa a ser benevolente y cariñoso con nosotros. Cristo es nuestro propiciatorio desde el cual Dios nos da respuestas de paz.

(3) **Cristo murió para avalar su última voluntad y testamento con su sangre.** Cristo dejó muchos legados a los creyentes, que hubieran sido anulados y sin valor si no hubiera muerto y con su muerte confirmado su

⁸ **holocaustos** – sacrificios consumidos totalmente por el fuego

⁹ **propiciación** – una satisfacción de la justicia divina para apaciguar su ira.

voluntad (Heb. 9:16). Un testamento no es vigente hasta *después* de la muerte del que lo hizo: La misión del Espíritu, las promesas, esos legados, no entraron en vigor hasta la muerte de Cristo; Cristo con su muerte los selló, y los creyentes tienen derecho a ellos y pueden reclamarlos.

(4) **Murió para poder adquirir para nosotros mansiones gloriosas.** Por ello, el cielo es llamado no solo una posesión prometida sino una “posesión adquirida” (Ef. 1:14). Cristo murió para darnos una nueva posición, sufrió para que pudiéramos reinar, colgó de la cruz para que pudiéramos sentarnos en el trono. El cielo fue cerrado. La cruz de Cristo es la escalera por la cual ascendemos al cielo. Su crucifixión fue nuestra coronación.

Primer valor: En el sacrificio sangriento de Cristo, vemos la naturaleza horrorosa del pecado. El pecado, de hecho, es aborrecible pues por él Adán fue desterrado del paraíso y los ángeles fueron echados al infierno. Pero lo que lo hace más horroroso es esto: Hizo que Cristo cubriera su gloria y derramara su sangre... Ver el cuerpo sangriento de Cristo debiera indignarnos en contra del pecado... No dejemos que aquello que hizo de Cristo un hombre de dolores sea nuestro gozo.

Segundo valor: ¿Es Cristo nuestro Sacerdote sacrificado? Contemplemos una demostración de la misericordia y justicia de Dios. Podríamos decir como el apóstol: “Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios” (Rom. 11:22). (1) *La bondad de Dios en proveer un sacrificio.* Si Cristo no hubiera sufrido en la cruz, habríamos caído en el infierno para siempre, satisfaciendo así la justicia de Dios. (2) *La severidad de Dios.* Aunque se trataba de su único Hijo, su Hijo amado, y aunque nuestros pecados les fueron imputados a él, Dios no lo libró de nuestros pecados, sino que su ira se encendió contra él (Rom. 8:32). Si Dios fue así de severo con su propio Hijo, ¡qué terrible será un día con sus enemigos! Los que mueren siendo impenitentes empedernidos tienen que sentir la misma ira que Cristo sintió, pero como no lo pueden soportar de una sola vez, tienen que soportarla para siempre.

Tercer valor: ¿Es Cristo nuestro Sacerdote, quien fue sacrificado por nosotros? Entonces veamos el tierno afecto de Cristo para con nosotros, pecadores. “La cruz fue un púlpito desde el cual Cristo predicó su amor al mundo”, dijo San Agustín¹⁰. El que Cristo muriera significaba más que si todos los ángeles se hubieran convertido en polvo, y especialmente que Cristo muriera como un malhechor, cargando con el peso de... los pecados de los hombres, y que muriera por sus enemigos (Rom. 5:10). El árbol de bálsamo destila su preciosa savia para curar a los que lo cortan o

¹⁰ Aurelio Agustino (354-430) – Obispo de Hipona en el norte de África y teólogo.

quemar; de la misma manera, Cristo derramó su sangre para curar a aquellos que lo habían crucificado. Murió por su propia voluntad. Es llamado la ofrenda del cuerpo de Jesús (Heb. 10:10). Aunque sus sufrimientos fueron tan intensos que le hicieron suspirar, llorar y sangrar; no pudieron hacer que se arrepintiera. “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isa. 53:11). Cristo tuvo aflicciones duras en el Calvario, pero a pesar de ellas no se arrepiente de haber estado en la cruz, sino que comprende que su sudor y su sangre valieron la pena porque ve la redención que trajo al mundo. ¡Oh amor de Cristo infinito y maravilloso! ¡Un amor que sobrepasa todo entendimiento! Un amor que no tiene paralelo ni en hombre ni en ángel alguno (Ef. 3:19). ¡Cuánto debiera afectarnos este amor!... Ante la muerte y pasión de Cristo, las rocas mismas se partieron (Mat. 27:5). No sentirse afectado por el amor de Cristo al morir es tener corazones más duros que las rocas.

Cuarto valor: ¿Es Cristo nuestro sacrificio? Siendo así veamos la excelencia de su sacrificio. (1) *Es perfecto*. “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Heb. 10:14). Por lo tanto, ¡cuán impíos son [los que agregan] sus méritos y las oraciones de los santos al sacrificio de Cristo! Lo ofrecen cotidianamente en la misa, como si el sacrificio de Cristo en la cruz hubiera sido insuficiente. Esto es una blasfemia contra el oficio sacerdotal de Cristo. (2) *El sacrificio de Cristo es meritorio*. No solo murió para sernos ejemplo, sino para merecer la salvación. La persona que sufrió siendo Dios igual que hombre, le puso virtud a sus sufrimientos; y nuestros pecados fueron expiados¹¹ y Dios fue aplacado... En cuanto Cristo murió, la ira de Dios se aplacó. (3) *Este sacrificio es beneficioso*... Procura nuestra justificación¹², la aceptación de nuestro servicio, acceso libre a Dios y entrada al Lugar Santísimo en el cielo (Heb. 10:19)... Israel pasó por el Mar Rojo a Canaán; de la misma manera por el mar rojo de la sangre de Cristo, entramos a la Canaán celestial.

Quinto valor: Apliquemos esta sangre de Cristo. Su aplicación tiene la virtud de un medicamento. Aunque este medicamento está compuesto por la sangre de Dios, no sana a menos que se aplique con fe... La fe hace que el sacrificio de Cristo sea nuestro. “Cristo Jesús, mi Señor” (Fil. 3:8). No es el oro de las minas que enriquece, sino el oro en la mano. La fe es la mano que recibe los méritos de oro de Cristo... La fe

¹¹ **expiados** – pagados.

¹² **justificación** – “Justificación es un acto de la gracia de Dios, por medio de la que perdona nuestros pecados y nos acepta como justos a sus ojos por la justicia de Cristo que nos fue imputada y recibimos solo por fe”. (Catecismo de Spurgeon, P. 32. Es traducción para esta obra).

abre las heridas de Cristo y bebe el preciado [tónico] de su sangre... Sin fe, Cristo mismo no nos sirve.

Sexto valor: Este sacrificio de la sangre de Cristo puede consolarnos infinitamente. Esta es la sangre de la expiación. “La cruz de Cristo es la bisagra de nuestra liberación” (Juan Calvino), la bisagra y fuente de nuestra consolación. (1) *¡Esta sangre consuela en caso de culpabilidad!* Mi alma dice: “Oh, mis pecados me intranquilizan, pero la sangre de Cristo fue derramada para remisión de pecado (Mat. 26:28)”. Asegurémonos que nuestros pecados le sean cargados a Cristo, y entonces ya no serán nuestros sino de él. (2) *En caso de contaminación.* La sangre de Cristo es una sangre que cura y limpia. Cura. “Por su llaga fuimos nosotros curados” (Isa. 53:5)... Y aunque Cristo está en el cielo, podemos sentir la virtud de su sangre curando nuestras heridas. Y limpia. Por lo tanto la Biblia la compara con el agua de un manantial (Zac. 13:1). La palabra es un [espejo] para mostrarnos nuestras manchas, y la sangre de Cristo es un manantial para quitarlas; convierte la lepra en pureza. “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Sin embargo, hay una mancha tan negra que la sangre de Cristo no quita, es el pecado contra el Espíritu Santo. No que le falta virtud a la sangre de Cristo para quitarla, pero el que ha cometido ese pecado no será limpiado; desprecia la sangre de Cristo y la pisotea (Heb. 10:29). Así es que vemos qué [tónico] potente es la sangre de Cristo: es el ancla de nuestra fe, el manantial de nuestro gozo, la corona de nuestros anhelos y el único sostén tanto en la vida como en la muerte. En medio de nuestros temores, consolémonos en el sacrificio propiciatorio de la sangre de Cristo. Cristo murió como un comprador al igual que un conquistador: como un comprador con respecto a Dios habiendo obtenido por su sangre nuestra salvación y como un conquistador con respecto a Satanás, habiendo la cruz sido una carroza triunfante con la que puso el infierno y la muerte en cautividad.

Séptimo valor: Bendito sea Dios por este precioso sacrificio de la muerte de Cristo: “Bendice, alma mía, a Jehová” (Sal. 103:1). ¿Y por qué lo bendice David? Porque es “el que rescata del hoyo tu vida”. Cristo se ofreció a sí mismo como una ofrenda de pecado por nosotros; ofrezcámonos nosotros como una ofrenda de gratitud a él. Si alguien redime a otro de una deuda, ¿no estará acaso agradecido? Presentémosle a Cristo frutos de justicia, que son para la gloria y alabanza a Dios.

Tomado de *A Body of Divinity* (Colección de mensajes sobre divinidad),
The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org

Thomas Watson (c. 1620-1686): Predicador puritano no conformista y prolífico autor; lugar y fecha de nacimiento desconocidos.

CRISTO ASCENDIDO Y EXALTADO

William S. Plumer (1802-1880)

El primer paso en la exaltación de Cristo fue su resurrección; el segundo, su ascensión al cielo; el tercero, el estar sentado a la diestra de Dios. Habiendo considerado el primero, meditemos en los otros dos.

I. SU ASCENSIÓN:

1. **Nuestro Señor, habiendo resucitado [de los muertos], no ascendió inmediatamente al cielo, sino que permaneció cuarenta días en la tierra (Hech. 1:3).** Gracias a esta demora: (1) Daría a sus seguidores pruebas indubitables de su humanidad: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies” (Luc. 24:39-40). Mucho tiempo después de su ascensión al cielo, el último de sus discípulos que todavía vivía testifica: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida... os anunciamos” (1 Juan 1:1-3). (2) Cristo dio pruebas satisfactorias concernientes a la realidad de su resurrección. Lo hizo de muchas maneras, instando al pobre discípulo que dudaba que pusiera su dedo y viera sus manos, y que extendiera su mano y la pusiera en su costado (Juan 20:27). Ciertamente se presentó vivo después de su pasión con muchas señales infalibles (Hech. 1:3). (3). Cristo permaneció sobre la tierra por un tiempo para ayudar a sus discípulos a recuperarse del terrible golpe que había sufrido su fe y para instruirles sobre la naturaleza y cosas concernientes a su reino. “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (Luc. 24:44-45).

2. **Las profecías requerían la ascensión de nuestro Señor y las Escrituras no pueden ser quebrantadas.** Así es que leemos: “Subió Dios con júbilo, Jehová con sonido de trompeta” (Sal. 47:5). “Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, tomaste dones para los hombres, y también para los rebeldes, para que habite entre ellos JAH Dios” (Sal. 68:18). De esta predicción, tenemos una interpretación inspirada y por lo tanto infalible dada por Pablo en Efesios 4:8-13. Daniel predijo lo

mismo: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran” (Dan. 7:13-14). Nuestro mismo Señor predijo a menudo su propia ascensión: “Voy al Padre” (Juan 14:28). “Voy al que me envió” (Juan 16:5; *ver* Juan 1:51). Dijo muchas cosas más sobre lo mismo. Tanto que sin lugar a dudas, varias predicciones, que abarcaban al menos mil años, requerían que Cristo ascendiera a Dios.

3. **El registro histórico coincide totalmente con las profecías.** Ni Mateo ni Juan registran la ascensión de Cristo. No obstante, esta es declarada en cuatro libros del Nuevo Testamento. El testimonio de Marcos sobre el tema es: “Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios” (Mar. 16:19). Lucas, en su Evangelio, dice: “Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo” (Luc. 24:50-51). En Hechos 1:9-11 leemos: “Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos”. Estaban mirando fijamente al cielo mientras ascendía, cuando de pronto dos hombres vestidos de blanco aparecieron junto a ellos y les dijeron: “Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”. En 1 Timoteo 3:16, Pablo dice que fue “recibido arriba en gloria”. Entonces, el registro coincide con la predicción y la explica...

4. **Cristo ascendió al cielo desde el Monte de los Olivos.** Las Escrituras dicen expresamente que su ida al cielo era necesaria: “a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas” (Hech. 3:21). El propósito de Dios, la verdad de las profecías y la idoneidad de las cosas requerían la ascensión de Cristo al cielo. Marcos dice: “fue recibido arriba en el cielo”. Lucas dice: “fue llevado arriba al cielo”. Cristo mismo dice: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo” (Juan 3:13). En Hechos 1:11, tenemos las palabras de los ángeles: “Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”. Estaban vio “los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios” (Hech. 7:56). Pablo advierte a los patronos que sean buenos y benevolentes, y les da como una razón: “sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos” (Ef. 6:9). Además “nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Fil. 3:20). Y “Porque no entró Cristo en el santuario hecho

de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Heb. 9:24). Pedro dice también “ha subido al cielo”. Pero Pablo dice que fue “hecho más sublime que los cielos” (Heb. 7:26). Esta manera de expresarse puede ser una referencia a la idea judía de tres cielos: primero los cielos aéreos y luego los cielos estrellados. Cristo fue hecho más sublime que estos cielos y entró al tercer cielo, llamado a menudo “el cielo de los cielos”.

5. Cuando decimos que Cristo ascendió, nos referimos a su cuerpo humano y su alma humana. Su naturaleza divina llena y siempre ha llenado el cielo y la tierra. De hecho, llena todo espacio, no está confinada a ningún espacio sino que abarca la inmensidad. Cuando Cristo caminaba aquí en la tierra, habló del Hijo del Hombre diciendo que estaba en el cielo (Juan 3:13). Esto era cierto en todo momento en cuanto a su naturaleza *divina*, aunque solo a ella. El efecto de esta exaltación de la naturaleza humana de Cristo no era para aniquilarla, ni para [alterarla] de modo que dejara de ser una naturaleza humana, sino para glorificarla, para coronarla de gloria y honor. Cuando lo vio Saulo de Tarso, al poco tiempo después de su ascensión, brillaba con un brillo más brillante que el sol. Verlo le produjo una ceguera que fue curada milagrosamente. Unos seis años después, Juan lo vio y cayó como muerto a sus pies. El modo común de explicar este cambio maravilloso en la apariencia de Cristo es que mientras estaba aquí en la tierra su gloria estaba como cubierta con un velo. En su transfiguración, el velo fue quitado, y sus vestiduras se hicieron blancas y brillantes. En el cielo no hay velo, nada que lo tape. La gloria brilla con esplendor, y nada la oscurece.

6. El modo como Cristo ascendió merece nuestra atención. Cristo ascendió no figuradamente, sino literalmente; no espiritualmente sino [corporalmente]; no de modo invisible, sino visiblemente. Sus discípulos lo vieron subir al cielo tan claramente como lo vieron en la cruz, en el barco o en la orilla del mar. Ascendió en una nube. Nadie nos ha dicho lo brillante que era esa nube ni tampoco su apariencia, pero era como la nube en la cual vendrá para juzgarnos (Hech. 1:11). Ni fue llevado súbitamente. Fue visto dejando la tierra, y visto por un tiempo después que la dejó. Lo contemplaron mientras iba subiendo. ¡Su ascensión fue triunfal! Cuarenta y tres días antes había entrado a Jerusalén montado en una asna. Ahora asciende triunfante a la Jerusalén celestial. Dejó este mundo diciendo palabras de aliento y bendición a los humildes. Las primeras nueve oraciones de su sermón del monte empiezan con la palabra *bienaventurados*. Lo último que hizo sobre la tierra fue pronunciar una bendición sobre su pueblo. Su ascensión el cielo fue gloriosa en todo sentido. Es indudable que su

aparición lo era... La ascensión del Señor fue un evento jubiloso en todo sentido y así lo consideraron sus discípulos, como nos informa Lucas expresamente. Fue el fruto bendito de sus sufrimientos y obediencia. Y fue visto por un número suficiente de testigos competentes y verosímiles, no menos de quinientos (1 Cor. 15:6)...

II. ESTÁ SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS: Esta es el tercer paso de la recompensa de nuestro Señor, el tercer paso de su exaltación. Esto lo requerían las profecías. David había dicho: “Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies” (Sal. 110:1; *compárese* Luc. 20:42; Heb. 1:13). Tanto Pedro como Pablo dan pruebas que esto se aplica a Cristo. Cristo mismo predicó lo mismo cuando estaba en manos de sus asesinos: “Desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios” (Luc. 22:69).

La Biblia habla mucho de esta posición a la diestra de Dios... Pablo dice que Dios lo sentó “a su diestra en lugares celestiales” (Ef. 1:20). Pedro dice que “está a la diestra de Dios” (1 Ped. 3:22)...Cristo no podía haber sido alzado a un grado más alto de descanso, soberanía, felicidad, poder y majestad. En este estado glorioso, Jesucristo lleva a cabo sus oficios de mediador.

Él es el gran Profeta de la Iglesia. En él está la plenitud del Espíritu. Por su Espíritu, convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8)... No tiene ningún guía o consejero. El Espíritu es uno con el Padre y el Hijo. Es soberano en todos sus actos (1 Cor. 12:11). No puede ser comprado con dinero, lágrimas o sangre. Sino que hay una armonía gloriosa en los asuntos de la Trinidad. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. No hay ninguna diversidad de opiniones ni de voluntad en la Deidad. El día de Pentecostés, Pedro dijo: “[Jesús siendo] exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Hech. 2:33). Entonces el Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo. Ilumina nuestro entendimiento, obra la fe en nosotros y nos salva. Cristo también levanta, califica y envía a todo obrero del evangelio real y auténtico. Es Cabeza de todas las cosas relativas a la Iglesia.

En su estado de exaltación, Cristo sigue siendo nuestro Sacerdote. Por cierto que ya no presenta ofrendas, pero intercede gloriosamente por nosotros. La gloria de su intercesión puede comprobarse en estos hechos: (1) la Persona del Intercesor es [inexpresablemente] generosa. (2) Cuenta con el beneplácito de su Padre. (3) Su intercesión tiene plena autoridad. (4) Prevalece siempre. (5) Es única. (6) Continúa para siempre.

En su exaltación, Cristo también es Rey. En esto, la grandeza de su gloria es: (1) Su reino que es *espiritual* y por ende tiene su centro en el corazón de su pueblo. (2) Su orden es absoluto en lo que se refiere a la verdad, la equidad y la justicia. (3) Es tan estable como el trono de Dios. (4) Es para siempre jamás.

1. **[Por lo tanto] tenemos derecho a esperar la conversión de todos los escogidos por Dios.** La depravación natural y los hábitos que llevan a un continuo pecar por largo tiempo pueden dar la impresión de que una transformación es imposible. Pero porque Cristo está sentado a la diestra de Dios, su pueblo se ofrecerá voluntariamente en el día de su poder (Sal. 110:1-3).

2. **No habrá fracaso alguno en el cumplimiento de los planes y designios de Dios.** “El Señor está a tu diestra; quebrantará a los reyes en el día de su ira. Juzgará entre las naciones” (Sal. 110:5-6).

3. **La Iglesia está a salvo.** Su Cabeza está exaltada, él la ama y compró con su sangre. La ha grabado en las palmas de sus manos. Su éxito depende de su brazo lleno de poder, de su gracia que es infinita, su intercesión que siempre prevalece. La confianza humilde y exclusiva en el Capitán de nuestra salvación nunca sufre una decepción.

4. **Hacia el estado glorioso al que se dirigen sin pausa los creyentes en Cristo.** El cielo, el cielo de los cielos, el tercer cielo, el paraíso, la nueva Jerusalén, la ciudad de Dios, son algunos de los nombres de la gloria que espera al espíritu de los justos que han sido perfeccionados. La gloria de aquel mundo bendito es que el Cordero es su luz. Seremos como él, pues le veremos como él es (1 Juan 3:2). Nuestros cuerpos viles serán convertidos en cuerpos similares al de él (Fil. 3:21). Moraremos eternamente con el Señor (1 Tes. 4:17).

5. **Un sometimiento y una obediencia de todo corazón y universal a Cristo son tanto apropiados como obligatorios.** Tenemos que someternos, ya sea con gozo para salvación o con pesar para destrucción... No habrá gritos pidiendo misericordia más fuerte, ningún alarido de angustia más penetrante, ningún lamento de desesperación que destroce más el corazón que los que al final se escucharán de los hombres que no le dieron importancia a las cosas eternas. Si tú estás todavía en tus pecados, una de dos cosas es cierta: o tu conciencia está en una guerra perpetua y temible con tus prácticas, o has adoptado algún error que le quita a la vida dignidad y a la muerte esperanza.

Tomado de *Rock of Our Salvation* (Roca de nuestra salvación),
Sprinkle Publications, www.sprinklepublication.com



CRISTO EL INTERCESOR

Wilhelmus à Brakel (1635-1711)

La oración intercesora es el segundo elemento del oficio sacerdotal [de Cristo], de quien leemos “que también intercede por nosotros” (Rom. 8:34); está “viviendo siempre para interceder por ellos” (Heb. 7:25) “... para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Heb. 9:24); “abogado tenemos para con el Padre” (1 Juan 2:1). En cuanto a su intercesión tenemos que considerar su necesidad, naturaleza y eficacia¹³.

PRIMERO CONSIDERAREMOS LA NECESIDAD DE SU INTERCESIÓN. La intercesión es una tarea que corresponde al oficio de Cristo como Sumo Sacerdote: “Tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos” (Heb. 8:1). Como Sumo Sacerdote, está en el cielo; como Sumo Sacerdote está sentado a la diestra de Dios. La tarea de que se ocupa como Sumo Sacerdotes es presentarse ante su Padre en nombre de sus escogidos, intercediendo por ellos. Así es que el oficio de Cristo como Sumo Sacerdote es *interceder*. Los asuntos por los cuales intercede son:

(1) **Todo lo que los escogidos necesitan en esta vida a fin de capacitarlos para ir rumbo al cielo** —concretamente, el Espíritu Santo que los ilumina, consuela y santifica. Vemos esto en Juan 14:16-17: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad”.

(2) **Intercede para que puedan poseer perfectamente la salvación después de esta vida.** “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (Juan 17:24). Hebreos 7:25 lo confirma: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”.

Para que los hombres fueran salvos, no era suficiente que por su sufrimiento, muerte y santidad ameritaran salvación; sino que era necesario también que por medio de su intercesión *aplicara* él la salvación y los hiciera de hecho partícipes de ella. Representativo de esto en el Antiguo Testamento es el Sumo Sacerdote, quien habiendo terminado la ofrenda de sacrificio, tenía que entrar en el Lugar Santísimo con sangre a fin de rociarla sobre el propiciatorio y quemar

¹³ **eficacia** – poder para producir un efecto deseado, efectividad.

incienso. El Señor Jesús, siendo el antetipo, de igual manera tenía que entrar con su propia sangre (Lev. 16; Heb. 9:12). Este requisito previo era tan necesario que sin él no podía ser un sumo sacerdote. “Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote” (Heb. 8:4). Si no hubiera sido sacerdote, no habría salvación para los escogidos, porque tienen que venir a Dios y ser salvos por medio de un sacerdote. Por esta razón, sacrificio y oración van juntos. “Cristo es el que murió... el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:34). “Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación¹⁴ por nuestros pecados” (1 Juan 2:1-2). Esta necesidad también es evidente por las siguientes razones:

Primero, le place a Dios que sea reconocido continuamente que fue despreciado por los hombres, que su justicia no permite que el hombre se acerque a él ni él al hombre, excepto por medio de un Garante o Garantía que está continuamente demostrando su expiación. Por lo tanto, está “viviendo siempre para interceder por ellos” (Heb. 7:25).

Segundo, dado que la majestad de Dios ha sido despreciada, no podía tolerar que pudiera acercarse al hombre o aun a la Garantía, sino más bien que la Garantía debiera acercarse a él, y que, por así decirlo, lo haría trayéndole y entregándole el rescate.

Tercero, en cuanto al hombre al igual que el pago del Garante, es también la voluntad de Dios que su gracia al salvar al pecador sea exhibida y siempre reconocida, “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Rom. 3:24). Por lo tanto, aunque el sacrificio de Cristo es perfecto y que su expiación es eternamente eficaz, tiene que ser aplicado por medio de una intercesión “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios...acercuémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Heb. 4:14, 16)...

Cuarto, fue también necesario en referencia al Señor Jesús mismo. Él era el Garante y no podía ser eximido de su función en tanto sus escogidos no hubieran sido salvos. A fin de preparar un lugar para los escogidos y de llevarlos a la salvación, tenía que necesariamente haber una intercesión (*compárese* con Juan 17:24; Heb. 7:25). Por lo tanto el Señor Jesús tiene que continuar con su intercesión hasta que todos sus escogidos sean reunidos en el cielo.

Quinto, la voluntad del [Padre] es también que el Señor Jesús sea reconocido como todavía involucrado [para beneficio de los escogidos],

¹⁴ **propiciación** – apaciguamiento, un sacrificio que aplaca la ira.

a fin de que, por él, acudan al trono, y que al hacerlo, encuentren que Cristo es un Garante que lleva sus oraciones ante el Padre (Apoc. 8:3-4)...Es necesario que el Garante presente continuamente la expiación ante el trono. Pablo puntualizó esto en Romanos 5:10: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”. ¿Y por qué somos salvos por su vida? Porque está “viviendo siempre para interceder por ellos [nosotros]” (Heb. 7:25).

EL SEGUNDO FACTOR QUE DEBE SER CONSIDERADO EN RELACIÓN CON LA INTERCESIÓN ES EL MODO COMO SON SUS ORACIONES POR SUS ESCOGIDOS. Primero, así como Cristo ejecutó el primer elemento de su oficio de Sumo Sacerdote como Garante, o sea, el sacrificio de su cuerpo, también administra el segundo elemento de su oficio, o sea, intercesión, como Garante. No se limita a comparecer ante el trono como un amigo que habla bien en defensa de su pueblo sino que, como Garante, se presenta para hacerse responsable de lograr cabalmente la salvación de los suyos. Esto se hace evidente en Hebreos 7:22-25. En el versículo 22, el apóstol lo llama expresamente “fiador” [garante]. Habla también de él en los versículos subsiguientes: “Mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable” y sigue “viviendo siempre para interceder por ellos” (Heb. 7:24-25). Además, dado que cumplió el primer aspecto de su oficio sacerdotal como Dios y hombre, la eficacia de su sacrificio que se deriva de su oficio sacerdotal como Dios y hombre, la eficacia de su sacrificio siendo derivada de su naturaleza divina —de la persona divina— Cristo tiene que ser considerado tanto Dios y como hombre en relación con el segundo elemento de su ministerio sacerdotal. El que la eficacia de su intercesión se deriva también de su Persona, esto es, su naturaleza divina, es avalada por el apóstol en Hebreos 4:14: “[Tenemos] un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios”. Grande es él, pues, siendo el Hijo de Dios, es igual al Padre. Ese es el punto crítico, y es lo que brinda consuelo y valentía...

Segundo, no pensemos que Cristo cae allí de rodillas y ora con fuertes clamores y lágrimas (Heb. 5:7). No, eso fue lo que hizo antes, durante su humillación. No obstante, su intercesión consiste de su aparición con su sangre en el santuario ante el rostro de su Padre: “Que habla mejor que la de Abel” (Heb. 12:24). Consiste de la demostración de la eficacia de su sufrimiento y su muerte.

Tercero, consiste de su voluntad eficaz por la que, en base al pacto, demanda el cumplimiento de todas las promesas para sus escogidos

tanto en esta vida (Juan 17:15-17) con en la vida venidera. “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (Juan 17:24). El Padre le da licencia para hacer tales demandas, al decir: “Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra”. Esto es lo que el Padre le promete. “Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada” (Isa. 53:10). Esto es lo que demanda el Hijo.

Cuarto, su intercesión consiste en abogar y defender a sus escogidos contra todas las acusaciones en su contra. Por eso, el apóstol Juan lo llama Abogado (1 Juan 2:1) y lo confirma el apóstol que dice: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:33-34). Dado que puede demostrar que ha pagado completamente por cada pecado y ha cumplido la Ley en su lugar poniéndose bajo la Ley y siendo obediente a ella, llega a la conclusión que no hay condenación para sus escogidos, sino que tienen derecho a una felicidad eterna.

Quinto, consiste de presentar las oraciones de sus hijos que han ofrecido en su nombre a través del Espíritu de gracia y suplicación. Dado que han sido ofrecidas en su nombre, sus méritos tienen tanta eficacia que sus oraciones son escuchadas...

EL TERCER FACTOR QUE DEBE SER CONSIDERADO CON RELACIÓN A LA INTERCESIÓN ES SU EFICACIA. Esto es evidente por tres razones: Primero está la justicia de la causa. Aquí no entran en juego el favoritismo, ni el pasar por alto, ni meramente hace Cristo un pedido. En cambio, el asunto por el cual ruega Cristo como Abogado es totalmente justo y está avalado por una documentación superlativa¹⁵. Cristo aparece en nombre de sus escogidos con el rescate que él mismo pagó, tan perfecto que no le falta ni un centavo: “... habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo”(Heb. 1:3); “Por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Heb. 9:12). Cumplió la Ley tan perfectamente en nombre de los escogidos que son ellos “justicia de Dios en él”. La justicia de la Ley se cumple en nosotros (Rom. 8:4). Esto le demostró a su Padre, y por lo tanto esto es lo único que puede ser seguido para verdadera justificación y el otorgamiento del derecho de poseer felicidad eterna.

¹⁵ **superlativa** – superior a todo lo demás; del grado más alto.

Segundo, la eficacia de su intercesión se hace evidente en su relación entre Dios y los escogidos, como lo es entre un padre y sus hijos. El Señor Jesús ora por aquellos a quienes ha amado el Padre con amor eterno, los ha aceptado como sus hijos, los ha designado para ser objetos de su gracia y bondad, y los ama tiernamente. Por esto, el Padre anhela que alguien le hable en nombre de ellos. Entonces, ¿cómo podría ser que este Abogado fuera rechazado?

Tercero, esta eficacia se hace evidente también en la persona misma que es el Abogado. Él es el gran Sumo Sacerdote (compárese con Heb. 4:14; 10:21). Es grande en su persona, siendo de la misma naturaleza que su Padre, y grande es la amistad entre él y su Padre. “Porque el Padre ama al Hijo” (Juan 5:20). Con total aceptación, sometimiento y placer se ha convertido en Abogado. Por juramento, se ha consagrado a su oficio sacerdotal y ha obedecido a su Padre en todas las cosas, aun hasta la muerte en la cruz. El Padre mismo dice de él: “Pídeme, y te daré” (Sal. 2:8). ¿Cómo puede un Intercesor tal ser rechazado? Ahora consideremos todas estas cosas juntas. Como semejante Sumo Sacerdote —el propio Hijo de Dios quien siendo una de las partes en el pacto de redención se ha sometido voluntaria y obedientemente a todo— representa la causa más justa, lo cual puede confirmar por medio de su pasión y muerte y probar con su obediencia a la Ley. Con todo esto, defiende la causa de sus escogidos, haciéndolo ante un Padre benevolente y generoso en nombre de sus hijos y herederos amados. Por estas razones, su intercesión es eficaz en su máximo grado. Es por esto que es totalmente cierto que prevalecerá y que bendecirá a sus hijos. Sí, si Cristo, mientras estaba sobre la tierra, siempre era escuchado (Job 11:41-42), mucho más él, estando ahora en el cielo recibirá todo lo que pide.

Tomado de *The Christian's Reasonable Service* (El servicio aceptable del cristiano), Tomo I, Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org

Wilhelmus à Brakel (1635-1711): Teólogo holandés representando la Segunda Reforma Holandesa; nació en Leeuwarden, Holanda.



Muchos admiten que Cristo
es su abogado para defenderlos,
pero no su rey para gobernarlos.

—Thomas Watson

CRISTO EL REY

John Flavel (c. 1630-1691)

Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Corintios 10:5).

Ahora llegamos al oficio *real* por medio del cual nuestro glorioso Mediador ejecuta y cumple el diseño establecido para nuestra redención. Si como nuestro Profeta no hubiera abierto el camino de la vida y salvación a los hijos de los hombres, nunca lo hubieran conocido. Si lo hubieran conocido bien, excepto como su Sacerdote y se hubiera ofrecido a sí mismo para darles salvación, no hubieran podido ser redimidos virtualmente por su sangre. Y de haber sido redimidos, si él no hubiera vivido en la capacidad de Rey para aplicarles este sacrificio de su sangre, no hubieran tenido ningún beneficio verdadero y personal de su muerte. Porque lo que reveló como Profeta, lo compró como Sacerdote, y lo que así reveló y compró como Profeta y Sacerdote, lo aplica como Rey, primero sometiendo el alma de sus escogidos a su gobierno espiritual, luego gobernándolos como sus súbditos y ordenando todas las cosas en el reino de Dios para bien de ellos...

DOCTRINA: Jesucristo ejerce su poder como Rey sobre el alma de todos aquellos a quienes el evangelio somete a su obediencia.

Después de que los colosenses fueron liberados del poder de las tinieblas, fueron trasladados inmediatamente al reino de Cristo, el Hijo amado (Col. 1:13). El reino de Cristo, que es nuestro tema aquí, es el reino espiritual interior que la Biblia dice mora dentro de los santos. “El reino de Dios está entre vosotros” (Luc. 17:20-21). Cristo mora como un rey sobre su trono en el corazón, la conciencia y los sentimientos de su pueblo (Sal. 110:3). Y su reino consiste de “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom. 14:17)...

PRIMERO, COMENCEMOS CON LA MANERA COMO CRISTO OBTIENE EL TRONO EN EL CORAZÓN DE LOS HOMBRES, Y ESO ES CONQUISTÁNDOLO. Aunque las almas de los escogidos son suyas porque le fueron dadas por derecho de redención, [y aunque] el Padre se las dio y Jesús murió por ellas, Satanás las poseyó primero. Y así sucede con Cristo, igual que como con Abraham con quien Dios hizo un pacto prometiéndole la tierra. De hecho eran los cananeos, los

ferezeos y los hijos de Anac quienes poseían la tierra, y la posteridad de Abraham tendría que luchar por ella y conquistarla centímetro por centímetro antes de poder disfrutarla. El palacio es legado a Cristo por aquel que lo construyó, pero el hombre armado tiene posesión de él hasta que otro más fuerte que él llega y se lo quita (Luc. 11:20-22). Cristo tiene que luchar para llegar a poseer el alma, aunque tiene derecho a ella, por ser su posesión por lo caro que le costó. Y lo hace, porque cuando llega el momento de recobrarla, envía a sus ejércitos para poseerla, tal como dice el Salmo 110:3, “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder”, frase que en hebreo también puede significar “en el día de tus ejércitos”, cuando el Señor Jesús envió a sus ejércitos de profetas, apóstoles, evangelistas, pastores, maestros, bajo la dirección de su Espíritu y armados con una espada de dos filos, la Palabra de Dios, cortante y poderosa (Heb. 4:12). Pero eso no es todo:

Él causa que ejércitos de convicciones y tribulaciones los ataquen y los cerquen por todas direcciones, de modo que no sepan qué hacer. Estas convicciones, como una lluvia de saetas, pegan en el centro mismo de sus conciencias. “Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?” (Hech. 2:37). Las saetas de Cristo son punzantes en el corazón de sus enemigos, de modo que los hombres caen bajo su ataque (Sal. 45:5-6). Por medio de estas convicciones, arrasa con todas sus esperanzas vanas.

Ahora todos sus débiles ruegos y argumentos en su defensa, por la misericordia general de Dios, el ejemplo de otros, etc., no les sirven para nada. Estas convicciones les sacuden profundamente el corazón y desbaratan cada pensamiento que se levanta contra Dios. Ese día en que Cristo se sienta ante el alma y la llama por medio de mensajeros como estos, es un día de sufrimiento interior. ¡Sí, es un día de tribulación como nunca se ha visto! ¡Pero aun así, Satanás se ha arraigado tan profundamente en la mente y la voluntad que el alma resiste el llamado, hasta que se queda sin recursos y que sus torres de orgullo y muros de vana confianza son derrumbados por el evangelio! Es *entonces* que el alma anhela a Cristo y lo busca. Claro, ahora acepta los términos, *los términos que sean*, con tal de salvar su vida. Ahora envía muchos mensajeros como estos a Cristo, quien ha llegado ahora a los portales mismos del alma: “¡Ten misericordia, Señor! ¡Si solo tuviera la seguridad de que me recibirás y perdonarás, me entregaría a ti en este mismo instante!” Así, el alma queda “encerrada para aquella fe” [en Cristo] (Gál. 3:23) y reducida a la mayor estrechez y pérdida imaginables.

Y ahora el Rey misericordioso, cuyos designios son conquistar el corazón, extiende su bandera de misericordia al alma, dándole la esperanza de que tendrá misericordia de ella y que será perdonada, a pesar de su rebelión contra él por tantos años, con solo que se entregue a Cristo. Ahora afloran en el corazón del hombre muchas perplejidades, vacilaciones, dudas, temores, titubeos¹⁶, irresoluciones y argumentos a favor y en contra de la invitación. A veces no hay esperanza: “Cristo me matará, si me acerco a él”, y entonces tiembla. Pero, ¿quién ha existido que le sucediera esto? Otras almas se han entregado y encontrado misericordia en una medida que no hubieran imaginado. “Ay, pero yo he sido un terrible enemigo suyo”. Lo admito, pero tenemos la promesa del Rey: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isa. 55:7).

“Pero el tiempo de misericordia ha pasado; ¡he esperado demasiado tiempo! Pero si esto es así, ¿cómo es que Cristo no me ha descartado, no ha quemado mi alma en el fuego, el *fuego del infierno*?” Él sigue esperando para mostrar su gracia y compasión. Hay mil argumentos como este, hasta que, al fin, el alma se convence que si sigue rebelde, perecerá. Y sintiéndose algo animado por los mensajes de gracia enviados a su alma, tales como: “Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (Heb. 7:25); y, “al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37), y “venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mat. 11:28), por fin se decide acudir a Cristo y dice: “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el rey de gloria” (Sal. 24:7).

¡Ahora la voluntad se da espontáneamente a Cristo! El baluarte se entrega y se rinde a Cristo. La voluntad cede a Cristo las llaves de todos los cuartos del alma. El corazón duro se parte en dos. Una pobre alma recurre a la Palabra, llena de ignorancia, orgullo, amor por sí misma, con tal dureza que la deja sin esperanza y resoluciones firmes de seguir en su camino, y después de una hora de discurso, la marea baja... “¿Qué te aqueja, voluntad firme, que te entregas a Cristo, tú, corazón duro que te ablandas y entonces de ti corren las aguas?” Así, el alma es ganada para Cristo. Él anota sus términos y el alma voluntariamente los acepta. Viene a Cristo sometiéndose voluntariamente y con entusiasmo, no queriendo otra cosa que estar bajo su soberanía de ahora y para siempre.

¹⁶ **titubeos** – vacilaciones por la dificultad de determinar lo correcto.

SEGUNDO, CONSIDEREMOS CÓMO CRISTO GOBIERNA EL ALMA DE LOS QUE SE SOMETEN A ÉL. Ejerce su autoridad como Rey sobre ellos en cuatro aspectos:

1. **Les impone una nueva ley y les manda que sean estrictos y puntuales en obedecerla.** El alma había sido antes un instrumento de Belial y no podía tolerar ninguna restricción: se regía por sus concupiscencias. “Nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos” (Tito 3:3). Fuera lo que fuera que la carne quería y el apetito sensual ansiaba, tenía que tenerlo, costara lo que costara. Si la condenación era su precio, no había problema siempre que no tuviera que pagarlo ya. Pero ahora ya no podía estar sin la ley de Dios, sin la ley de Cristo. El alma acepta de buena voluntad los artículos de paz el día que pasa a ser objeto de misericordia: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí” (Mat. 11:29). Esta “ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte” (Rom. 8:2). Aquí hay rigurosidad pero no *esclavitud*; porque la ley no solo está escrita en la Biblia, el libro de los estatutos de Cristo, sino escrita por su Espíritu en el corazón de sus súbditos. Esto hace de la obediencia un placer, y fácil el negarse a uno mismo. El yugo de Cristo está recubierto de amor, de modo que nunca irrita el cuello de su pueblo...

2. **Reprende y disciplina a las almas por las violaciones y transgresiones contra su ley.** Ese es otro acto de la autoridad de Cristo: “El Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo (Heb. 12:6-7). Estas disciplinas de Cristo son aplicadas con la vara de *providencia* en sus cuerpos y consolaciones externas o en sus *espíritus* y consolaciones interiores. A veces sus reprensiones le duelen al hombre exterior: “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen” (1 Cor. 11:30). No tenían el respeto debido por su cuerpo [*en la Cena del Señor*] que [*era apropiado para ellos*], y hará que sus cuerpos sufran por ello. Y prefiere el Señor que su carne sufra, a que sus almas perezcan. A veces les ahorra los sufrimientos externos y se los produce al hombre interior, lo cual es una vara que causa mucho más dolor. Quita la paz y el gozo del espíritu de su pueblo. El hecho que esconda su rostro es una severa reprensión. Sin embargo, todo es para corregir, no para destruir. Y no es poco privilegio el que los súbditos de Cristo reciban una disciplina a tiempo y santificada para apartarlos de sus pecados. “Tu vara y tu cayado me infundirán aliento” (Sal. 23:3). A otros les deja seguir en la obstinación de sus propios corazones: Cristo no los disciplina para su bien, no los llama a cuenta por ninguna de sus transgresiones, sino que lidia con todas ellas en el infierno.

3. **Otro acto de Cristo como Rey es el refrenar a sus siervos e impedirles que caigan en iniquidad y que tomen esos rumbos que sus propios corazones tienen una inclinación de tomar.** Porque en ellos hay todavía un espíritu con inclinación de apartarse, pero el Señor en su ternura por ellos no deja que sus almas hagan iniquidad, y que cuando están a punto de pecar: Cuando “casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos” (Sal. 73:2). Es entonces que el Señor previene el pecar quitando providencialmente la ocasión o ayudándolos a resistir la tentación, en su gracia auxiliándoles el espíritu para protegerlos de la tentación que los acecha. Les da una salida para que puedan soportar (1 Cor. 10:13). Por esto su pueblo tiene frecuentes ocasiones de bendecir su nombre por su bondad cuando están expuesto a cualquier impiedad. Y esto, me parece ser el significado de Gálatas 5:16: “Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”, o sea: “Puede que seas tentado por ellos, pero no cedas, no. Mi espíritu hará que la tentación desaparezca sin haberse manifestado del todo, de modo que muera antes de haberse desarrollado”.

4. **Los protege y no deja que se aparten de él y caigan en un estado pecaminoso y de esclavitud a Satanás.** Así es, Satanás no cesa en sus constantes intentos para hacer que vuelvan a obedecerle. Nunca deja de tentarlos para que regresen, y donde encuentra un creyente falso, prevalece; pero Cristo protege a los suyos para que no se aparten. “Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera” (Juan 17:12). Son “guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación” (1 Ped. 1:5). Guardados, como en un cuartel, de acuerdo con la importancia de esa palabra. ¡Ninguno es más solicitado, más seguro que el pueblo de Dios! Son “guardados en Jesucristo” (Jud. 1). No es la gracia de ellos lo que los mantiene a salvo, sino el cuidado y continua vigilancia de Cristo... Este es su pacto con ellos: “Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí” (Jer. 32:40). Como Rey, los guarda.

5. **Como Rey, recompensa su obediencia y los anima a servirle sinceramente.** Aunque todo lo que hacen para Cristo es por obligación, él ha unido su consolación con su deber: “Estas bendiciones tuve porque guardé tus mandamientos” (Salmo 119:56). Se comprometen a hacerlo en medio de cada deber: “El que se acerca a Dios... es galardonador de los que le buscan” (Heb. 11:6). ¡Oh a qué gran Señor sirven los santos!

6. **Calma todas las dificultades y da paz cuando sus espíritus están alborotados.** Le “paz de Dios” gobierna en sus corazones (Col. 3:15)... Cuando afloran las emociones tumultuosas, cuando la ira, el odio y el deseo de venganza comienzan a aparecer en el alma, esto soluciona todo. “Escucharé lo que hablará Jehová Dios; porque hablará paz a su pueblo y a sus santos” (Salmo 85:8). Es el que dice al mar embravecido: “Cálmate” y le obedece, él es el único que puede dar paz al espíritu inquieto... Estos son los actos de Cristo como Rey. Los realiza con poder, dulzura y poderosamente en el alma de su pueblo.

(1) **Con poder:** Ya sea que nos refrena de pecar o nos impulsa a cumplir nuestros deberes, lo hace eficazmente en el alma: “Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder” (1 Cor. 4:20). Y aquellos a quienes el Espíritu guía, marchan adelante ligados en el espíritu para cumplir sus deberes (Hech. 20:22). También:

(2) **No gobierna por compulsión, sino con gran dulzura.** Su ley es una ley de amor escrita en sus corazones. La Iglesia es la esposa del Cordero (Apoc. 19:7). “No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia” (Isa. 42:3). “Os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo”, dice el apóstol (2 Cor. 10:1). Porque se complace en la obediencia *voluntaria*, no forzada. Gobierna a *hijos*, no a esclavos, de modo que su poder como Rey está mezclado con su *amor paternal*. Su yugo no está hecho de hierro, sino de *oro*.

(3) **Gobierna de una manera racional, según el carácter de ellos.** “Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor” (Os. 11:4), o sea de una manera adecuada para apelar a su razonamiento y obrar sobre [su capacidad intelectual]. Su reino eterno es administrado por su Espíritu, a quien le dio la misión de representarlo en nuestros corazones.

Tomado de “The Fountains of Life” en *The Works of John Flavel*. Tomo 1,
The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org



Confíenles sus almas a Jesús, y sus almas
serán salvas. Sufrió en el lugar de
todos los que en él confían.

—Charles Spurgeon

CRISTO Y SU REINO

A.A. Hodge (1823-1886)

Es evidente que el oficio de Mediador entre Dios y el hombre pecador tiene que incluir la función de dominio y control del Rey. Las funciones de Cristo como Profeta y Sacerdote hubieran sido inútiles sin él. Prácticamente cada página de la Biblia demuestra que el Mesías prometido del Antiguo Testamento sería Rey y que el Dios histórico encarnado del Nuevo Testamento es un Rey en el más elevado sentido de la palabra.

“Saldrá ESTRELLA de Jacob, y se levantará cetro de Israel” (Núm. 24:17). “Se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (Isa. 9:6). “Yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás” (Sal. 2:6, 8-9). “He aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días... Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Dan. 7:13-14). El ángel Gabriel, en la anunciación a la Virgen María, dijo: “Concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Luc. 1:31-33). Apocalipsis expresa la universalidad y la preeminencia y lo absoluto de su autoridad como Rey cuando declara que el Cordero es “Rey de reyes y Señor de señores” (Apoc. 17:14) ...El título que brota espontáneamente de los labios de todos los hombres, aun de los del extranjero indiferente, pero con infinitamente más sentido de los labios de todos los que han sido objetos de su amor es SEÑOR —Jesús, Dueño, Maestro, Soberano. Es universal, dominando a los más encumbrados al igual que a los más humildes, comprendiendo y doblegando a todo poder y autoridad menor que él— Rey de reyes. Es absoluto en todo, sin límite en alma o cuerpo, tiempo o eternidad —poseyendo y disponiendo absolutamente para sus propios usos todo lo que somos y poseemos, cada cosa y todas las cosas en todos los sentidos.

1. Y todo esto se predica de él, no meramente como Dios, sino como Dios-hombre en su obra como Mediador entre Dios y el hombre. Como la segunda Persona de la Trinidad, igual al Padre eterno en poder y gloria, el Verbo de Dios posee un dominio absoluto inherente como Rey de todo el universo. Esta autoridad es intrínseca¹⁷, que no se deriva de ninguna otra fuente, inalienable, y es igual ayer, hoy y para siempre (Heb. 13:8). Durante toda la vida terrenal del Dios-hombre, tanto siendo un infante en el pesebre como cuando colgaba moribundo en la cruz, el Hijo eterno de Dios estaba ejerciendo su dominio soberano sobre todo el universo.

Pero en su oficio como Mediador, y en toda su persona después de su encarnación como Dios-hombre, fue constituido Rey por la autoridad de toda la Deidad según se representa en el Padre. Su soberanía intercesora... le fue dada por el Padre como recompensa de su obediencia y sufrimiento. “Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:7-11). Esta autoridad que le fue dada por el Padre es especial en lo que toca particularmente a la salvación de su pueblo y, a ese fin, a la administración de todas las disposiciones del pacto de la gracia¹⁸, del cual él es el ejecutivo benevolente. No se trata de su naturaleza divina exclusivamente, sino de la Persona integral como Dios-hombre. Sobre el trono de intercesión del universo se sienta un HOMBRE. Él, que fue víctima de insultos, desprecios y condenado por Pilato, ahora se encuentra sentado a la diestra de Dios y gobierna los mundos, tal como lo hará en lo sucesivo sentado en el gran trono blanco, desde donde juzgará a todos los hombres. Nuestro Hermano en la carne tiene todo poder en el cielo y en la tierra para hacer que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayuden a bien (Rom. 8:28). Tanto los atributos divinos como los humanos obran juntos en la administración de su reinado. Todos sus actos como Rey son infinitamente sabios, justos y poderosos porque es Dios. Pero a la vez son los actos de un hombre. Poseen una cualidad auténticamente

¹⁷ **intrínseca** – perteneciente a algo como una característica básica y esencial de lo que es.

¹⁸ **pacto de la gracia** – el propósito eterno y de la gracia de Dios, de redención, concebido antes de la creación del mundo, anunciado primeramente en Génesis 3:15, revelado progresivamente a través de las historia y cumplido en la Persona y obra de Jesucristo, y del cual el ser humano se apropia por fe en él.

humana, porque en todas sus administraciones se compadece de nuestras debilidades y tiene sus ojos puestos en nuestros intereses.

2. **Cristo ya es un Rey sobre su trono en pleno ejercicio de su administración real.** Como el Verbo eterno, por supuesto, ha sido Mediador entre Dios y el hombre pecador desde la caída de Adán. Si no fuera así, la sentencia de la ley hubiera sido ejecutada incondicionalmente ante la primera apostasía. Desde entonces, hemos estado viviendo —y la historia humana se ha ido desarrollando— bajo un sistema de paciencia que incluye al aplazamiento de la aplicación de la justicia. Esto fue, por supuesto, posible solo porque la raza humana ha existido bajo la protección de un Mediador divino y competente. Todas las funciones del oficio intercesor implican tanto una parte (Dios) como a la otra (el hombre). Si fue el “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apoc. 13:8), tiene que haber sido un profeta antes que Moisés, un Sacerdote antes que Aarón, un Rey antes que David. Fue en estos sentidos el predecesor de estos y la fuente de donde surgieron, al igual que su sucesor. Una inspección cuidadosa muestra que el Jehová del Antiguo Testamento, llamado también Ángel de Jehová o el enviado por Jehová, es la segunda Persona de la Trinidad, tal como lo declara el autor de la Epístola a los Hebreos. (*compárese* con Sal. 45:6-7; Heb. 1:8-9; Gén. 31:11, 13; 48:15-16 con Os. 12:2-5; Éxo. 3:1-14 con Hch. 7:30-35).

Reinó sobre todos los asuntos humanos, como lo relata la historia bíblica. Dio la Ley en el Sinaí, incluyendo todo el ritual ceremonial, al igual que los Diez Mandamientos. Sacó a Israel de Egipto, lo condujo a través del desierto y lo estableció en Tierra Santa “con mano fuerte, con brazo extendido, con grande espanto, y con señales y con milagros” (Deut. 26:8). Libró las batallas contra los filisteos; estableció sus tipos y representantes: David y Salomón, sobre sus tronos temporarios y simbólicos, y dirigió todo el curso de la historia a la consumación del cumplimiento del tiempo en preparación a su venida en la carne.

Pero por otro lado, en el sentido más estricto tenemos que fechar la toma de posesión del cargo de su oficio como Rey en el ejercicio pleno y visible desde el momento de su ascensión desde la tierra al cielo y su lugar a la diestra del Padre. No podía realmente comenzar a ejercer su oficio real como Dios-hombre antes de haberse convertido tanto en Dios como en hombre en una Persona a través de la encarnación. Su función como Sacerdote precede, en un sentido, su función como Rey, al igual que los actos que le correspondían. Su expiación es el fundamento de su derecho real sobre su pueblo y su administración

real al abogar a su favor. Cuando fue anunciado, Juan el Bautista declaró: “El reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 3:2). Fue recibido por sus discípulos y rechazado por los judíos como alguien que pretendía ser un rey. Pilato hizo escribir el título de Rey en tres idiomas y los clavó en su cruz. “Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies” (Heb. 10:12-13). Su oficio real es básicamente una dispensación real de su gracia como Salvador. A fin de que esto pueda ser universal e infaliblemente eficaz y completo, declara que ahora “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” y fundamenta en esto su gran comisión a la iglesia: “Id, y haced discípulos a todas las naciones” (Mat. 28:18-19). Y Pedro, en el gran Día de Pentecostés, declaró que cuando el profeta David registró la promesa de que Dios resucitaría a Cristo para sentarlo en el trono, habló de la resurrección de Cristo: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís...Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hch. 2:32-33, 36).

3. El reino intercesor actual del Dios-hombre es universal, abarca todo el universo y a cada uno de sus sectores... No obstante, esta verdad es enseñada con tanta claridad y certidumbre en el Nuevo Testamento como lo es cualquier otro artículo de nuestra fe. En el Salmo 8, Dios declara su propósito de poner todas las cosas bajo el dominio del hombre. Pablo declara que este propósito se cumplió en Cristo, “resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Ef. 1:20-23). Declaró a sus discípulos como base de la comisión que les dio: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mat. 28:18). En Filipenses 2:9-10, Pablo dice: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra”. Esto incluye absoluta y exhaustivamente todo el universo en todas sus categorías de cielo, tierra e infierno, tal como el

pasaje en Efesios incluye toda la duración... la era actual del mundo y la venidera. Y esto se repite y enfatiza con un lenguaje firme en Hebreos 2:8: “Todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él”, y en 1 Corintios 15:27: “Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies”, o sea, absolutamente todas las cosas excepto Dios el Padre...

En acorde con esto, los teólogos han hecho una distinción destinada a clasificar los diferentes aspectos y métodos de esta vasta administración de poder real, entre los reinos de *poder*, de *gracia* y de *gloria* que son de Cristo. Estos, por supuesto, no son [enteramente] diferentes a los campos o esferas de gobierno, dado que el reino de poder incluye el reino de gracia, y el reino de gracia precede y prepara el camino para el reino de gloria. Son diferentes métodos de trabajar y diferentes sistemas especiales de administrar, incluidos todos en su reinado universal como Rey.

I. EL REINO DE PODER QUE PERTENECE A CRISTO: Este es el reinado providencial del Dios-hombre sobre todo el universo en cumplimiento de su obra intercesora como Redentor de su pueblo. El universo en todos sus aspectos, tanto materiales como espirituales, constituye un sistema. El logro seguro de un fin, el control absoluto de cada aspecto, involucra necesariamente el control y la administración coordinada de todas las partes.

1. **Por lo tanto, el reino universal de poder que pertenece a Cristo tiene que incluir, en primer lugar, su control providencial de todo el universo físico.** El universo físico es la base necesaria del mundo intelectual, moral y espiritual. Lo de mayor importancia no puede ser gobernado adecuadamente a menos que lo de menor importancia sea controlado. Las leyes de la materia y el orden del mundo material siguen siendo igual que antes, y no ocurre ningún cambio que pueda ser descubierto por la ciencia. Sin embargo, el hecho glorioso es que el Dios-hombre, como Rey intermediario durante... la era actual, ha puesto todo el mecanismo del universo natural [bajo su mando] como medio para asegurar el establecimiento de su reino de intercesión. Conduce a las huestes celestiales hacia ese resultado supremo. Las grandes corrientes de todas las potencias del mundo son guiadas a ese fin. Las dulces influencias de las Pléyades obedecen a su voz, y las ligaduras del Orión están en sus manos. No es el Dios absoluto, sino nuestro hermano Redentor, el hombre que también es Dios, que dispone el curso de las estrellas: “El es quien cubre de nubes los cielos, el que prepara la lluvia para la tierra, el que hace a los montes producir hierba. El da a la bestia su mantenimiento, y a los hijos de los

cuervos que claman” (Sal. 147:8-9), el que cuenta los cabellos de nuestra cabeza (Mat. 10:30) y no dejará que plaga alguna entre en nuestra morada (Sal. 91:10).

2. **El reino intercesor de poder que pertenece a Cristo incluye el gobierno moral universal de Dios sobre sus criaturas inteligentes.** El gobierno moral de Dios sobre la humanidad es solo una parte de su inmensurable imperio. Los ángeles, los demonios y sean las que sean las demás criaturas inteligentes que existen en otros mundos deben formar una totalidad moral sistemática con la raza humana. El imperio moral de Dios en su totalidad tiene que ser regido por los mismos principios generales de justicia. La voluntad de Dios tiene que ser el común denominador de todo, su amor la motivación de todos, su gloria la meta que comparten. Cristo es en este sentido más amplio, Rey de reyes y Señor de señores. Dios ha nombrado a su Hijo “heredero de todas las cosas”. Lo ha colocado “sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero” (Ef. 1:21). Todo en el cielo y todo en la tierra que se inclinará ante el nombre de Jesús, incluye a todas las criaturas racionales. Todos los hombres y los ángeles se reunirán el Día del Juicio Final. En cambio, a los demonios “los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Jud. 6).

Él ejerce este gobierno moral universal providencialmente de varias maneras, según las diversas características y condiciones de sus súbditos, pero siempre basado en los mismos principios de justicia. Emplea a los ángeles como espíritus que velan a su pueblo en la actualidad, y los empleará como sus agentes para ejecutar la separación entre los justos y los condenados en el juicio del gran día. Restringe y controla las acciones del diablo y sus ángeles, los espíritus del poder del aire. Controla todos los eventos para bien de su pueblo. En especial dirige los eventos a fin de lograr la disciplina y educación completa de ellos, y la consecuente preparación para disfrutar de su gloria. El final es la redención completa de su pueblo. Pero a fin de hacerlo, todos los miembros de la familia humana de todas las generaciones y de las diversas familias y nacionalidades tienen que estar sujetos al mismo gobierno. Durante la época presente no es Dios absoluto, sino nuestro hermano Redentor, el Dios-hombre, quien es el Señor, el que gobierna a las naciones. Habla con autoridad a cada conciencia. Tiene el derecho supremo de controlar las obras de cada persona para lograr sus fines. Ordena cada acontecer político y social, y toda la evolución de la civilización y actividad humana relacionada con ella, para cumplir sus planes. Al final, cada tribu, pueblo, nación y

lengua comparecerá ante su trono para ser juzgado por él y determinar su destino según su sentencia.

II. EL REINO DE GRACIA QUE PERTENECE A CRISTO. El reino espiritual, que está al cuidado de Cristo, por el cual asume el gobierno del universo, respeta, *primero*, a su propio pueblo espiritual individualmente y, *segundo*, a su pueblo organizado colectivamente como la Iglesia visible.

1. **Cristo reina sobre los suyos individualmente, tanto externa como internamente.** *Externamente*, somete a los enemigos de él y de ellos, restringiendo a Satanás, sus ángeles y hombres impíos. Los fortalece en momentos de debilidad, los defiende ante los peligros, dirige y colabora con ellos en su accionar y les da la victoria definitiva en todas sus pruebas, y causa que siempre perseveren hasta el final para poder recibir la corona de vida. Además, bajo la inspiración de su Espíritu, une unos a otros de su pueblo espiritual con lazos de amor y estimula y guía las grandes manifestaciones de amor... y todas las variadas maneras como se manifiesta la “comunidad de los santos”.

Internamente, el Dios-hombre reina supremo en el corazón de cada creyente. Es imposible [confiar] en Cristo como nuestro Sacrificio y Sacerdote sin confiar a la vez en él como nuestro Profeta, sometiendo totalmente nuestro entendimiento a sus enseñanzas y aceptándolo como nuestro Rey, sometiendo implícitamente nuestro corazón y voluntad y vida a su control soberano. A Pablo le encantaba llamarse el *doulos*, siervo adquirido, de Jesucristo. Los creyentes lo llamamos espontáneamente Señor Jesús. Su voluntad es nuestra ley, trabajar en su obra, combatir en sus combates, triunfar en sus victorias es el todo de nuestra vida y nuestro gozo.

2. **El reino de gracia perteneciente a Cristo también incluye a su Iglesia visible.** Aunque la verdadera iglesia está constituida sencillamente por aquellos en quienes mora el Espíritu Santo, y aunque no es esencial contar con una organización para que exista, la voluntad de Cristo es que su verdadera iglesia, por importantes razones prácticas, se organice espontáneamente asumiendo distintas formas. Sus formas son muy diversas, según sus diferencias determinadas por la providencia, y son muy diferentes en cuanto a su excelencia; no obstante, son todas, tanto las mejores como las peores, formas de la Iglesia verdadera... Y solo Cristo es la Cabeza legítima de esta iglesia visible en cualquier forma que asuma. No ha nombrado ningún vicegerente. Ha prohibido que sus siervos sean llamados rabis o maestros (Mat. 23:9-10). Pronuncia una maldición sobre los que

dominan a su ascendencia, ya sean soberanos de naciones, patriarcas universales o papas.

Por medio de su Palabra inspirada y su Espíritu siempre presente ha provisto lo necesario para el gobierno de su iglesia a través de los tiempos. Ha ordenado las condiciones para la membresía, las leyes, los oficiales... No estamos obligados a creer ninguna doctrina y cumplir ningún deber que no haya revelado claramente en su Palabra. Los discípulos de Cristo son siervos libres del Señor, dispensados de toda esclavitud humana porque le son totalmente obedientes a él y solo a él...

Cristo declaró que su Reino “no es de este mundo”, o sea no un reino como algún otro reino, con sus organizaciones, leyes, métodos de administración y fines. En cambio, es un reino *espiritual*, que abarca y penetra todos los demás, con métodos y fines tan distintos de los demás que no puede, cuando es leal a su Cabeza, interferir ni aliarse con ninguno de los otros. Su Cabeza, sus miembros, leyes, oficiales, métodos, sentencias, recompensas y fines no son de este mundo, sino que son espirituales; es decir, son revelados y aplicados por el Espíritu Santo, y lleva al hombre a relacionarse con las realidades del gran mundo espiritual revelado en las Escrituras.

III. EL REINO DE GLORIA QUE PERTENECE A CRISTO. En la era actual, Cristo se presenta principalmente como un Capitán conquistador, reinando al frente de sus huestes, el Capitán de nuestra salvación (Heb. 2:10), el conquistador de sus enemigos y los nuestros, y el que pone al mundo bajo sus pies (Apoc. 19:11-16). Pero de allí en adelante las Escrituras revelan una consumación final, cuando el reino de Cristo esté completo con todos sus miembros y se haya desarrollado hasta ser un estado perfecto: cuando todos los redimidos se hayan reunido, haya pasado la crisis del día del juicio, los cuerpos glorificados de los santos han vuelto a encontrarse con sus espíritus perfectos. Entonces “el Hijo del hombre se sentará en el trono de su gloria” y “no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes” (Apoc. 22:3-4).

Tomado de “Christ the King” (“Cristo el Rey”) en *Evangelical Theology* (Teología evangélica), The Banner of Truth, www.banneroftruth.org.

Archibald Alexander Hodge (1823-1886): Teólogo presbiteriano estadounidense, nacido en Princeton, Mercer, Nueva Jersey.



CRISTO PARA SIEMPRE JAMÁS

Octavio Winslow (1808-1878)

Viene llegando el momento —¡ay, con qué velocidad!— que será el más solemne y severo, y no obstante la prueba más dulce y auténtica del poder sustentador y tranquilizador de lo preciado que es Cristo en la experiencia de sus santos: *la última enfermedad y la escena final de la vida*. Imagínese que ha llegado el momento. Desaparecen las atracciones del mundo y todo auxilio humano se acaba. Todo se está acabando. Se están acabando el corazón y las fuerzas, se está acabando la capacidad mental, se están acabando los afectos humanos. Los ojos están velados por la muerte, y las realidades invisibles del mundo del espíritu van apareciendo ante la vista.

Inclinado sobre usted, su ser querido que lo ha acompañado a la ribera del río helado pide una señal. Usted está demasiado débil para formar un pensamiento, o decir una palabra, demasiado absorto para responder con una mirada. No puede declarar su fe recitando un credo detallado, y no tiene ninguna experiencia profunda, emoción estática ni visiones celestiales para describir. Una frase breve, pero firme y expresiva demuestra todo lo que usted sabe, cree y siente hasta ahora. Es la profesión de su fe, la suma de su experiencia, la base de su esperanza: “¡Cristo lo es todo para mi alma!”.

¡Suficiente! El cristiano moribundo no puede dar más, ni el ser querido esperar más. Querido Salvador: ¡Está tú conmigo en ese momento solemne! Camina por el valle a mi lado, reposa mi cabeza [débil, cansada] en tu pecho, dile palabras alentadoras a mi alma atribulada: “No temas, porque yo estoy contigo” (Isa. 41:10). Entonces, será para mí una felicidad morir. La muerte perderá su ponzoña, el sepulcro su dolor, la eternidad su incertidumbre. Y, por la experiencia de tu cariño en la tierra, pasaré triunfante por el oscuro portal al sol radiante y la comprensión perfecta y el gozo eterno de todo lo que la fe ha creído, el amor anhelado y la esperanza esperada de la gloria absoluta y la felicidad en el cielo. “En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Sal. 16:11).

Tomado de *The Precious Things of God* (Las cosas preciosas de Dios), Soli Deo Gloria, un ministerio de Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org.

